

Año XXXII.

Madrid, Jueves 27 de Junio de 1912.

Núm. 26.

Antonio Sánchez Pérez

Inteligente como pocos, trabajador como el que más y bueno cual ninguno. Tal fué el republicano que el viernes enterramos en el cementerio civil.

Periodista de los de buena cepa, literato consumado, autor dramático distinguido, matemático eminente, republicano de convicciones, librepensador convencido, fundó periódicos, desempeñó cátedras, fué gobernador durante la República, y ha muerto teniendo que costearle la Asociación de la Prensa el entierro, y dejando á su viuda y á una hermana ciega sin medios de vida.

Mientras colocaban el ataúd en el carro fúnebre, yo pensé en las angustias que dejaba tras de sí, y no habría sabido qué responder si en aquel instante me preguntan: ¿merece la pena de acompañar el cadáver de un hombre que no supo enriquecerse para librar á los suyos de la miseria?

Pero al ver las lágrimas que asomaban á algunos ojos y que tantos nos enorgullecíamos de haber alcanzado su amistad, me arrepentí de mi duda.

Ninguna eminencia del republicanismo concurrió á su entierro.

Reciban su señora viuda y su hermana mi pésame. Y el partido republicano. Y la Honradez. Y la Dignidad. Y la Bondad. Y la Inteligencia. Y el Trabajo.

Que todos han perdido mucho con la muerte de Sánchez Pérez.

Hambre de aplaudir

«Cierto, dijo un ratón en su agujero; no hay prenda más amable y estúpida que la fidelidad; por esto quiero tan de veras al perro perdiguero.

Y un gato replicó: «Pues esa prenda también la tengo yo.» Aquí se asusta mi buen ratón, se esconde, y torciendo el hocico le responde:

«¿Cómo! ¿La tienes tú? Ya no me gusta.»

La alabanza que muchos creen justa, injusta les parece

si ven que su contrario la merece.»

¿Por qué recuerdo esta fábula de Iriarte? Por la gracia que me ha hecho la extrañeza de tres ó cuatro correligionarios, al ver que en el número anterior dije de Sol y Ortega y de Soriano algo que creí justo, como lo he hecho otras veces al ocuparme de Lerroux y de otros á quienes antes había censurado.

¡Por favor, queridos correligionarios!

No deis á entender que serviréis para jefes, poniéndolos tan intransigentes y tan exclusivistas, ó demostradme al menos que el acto de Sol acusando á una Sala del Supremo, no es el acto más grande y más verdaderamente revolucionario que se ha verificado desde la restauración acá; y que no es cierto que Soriano ha hecho en el Parlamento labor más revolucionaria, más valiente, y más continua que el resto de la minoría; que como me lo demostréis, yo os juro por todos los rábanos que hemos devorado en treinta y tantos años de banqueteo, que me retractaré de cuanto dije; pues no hay hombre tan dispuesto como yo á rectificar cuando se equivoca.

¿Que ninguno de ellos acudió á mi invitación, y que Soriano pertenece á la Conjunción que yo he combatido y combató?

¿Y á mí qué me importa de eso, si en lo que yo los aplaudo merecen ser aplaudidos? Y en último caso, esto redundaría en mi alabanza, pues podré hacer mérito con perfecta justicia aquel verso de Quintana á Nelson, el que nos zurró en Trafalgar:

«¡Inglés te aborrecí; héroe te admiré!»

Deben además tener en cuenta esos correligionarios, que el hambre de aplaudir es en mí más viva que la que algunas veces he sentido de pan, y que aprovecho cualquier ocasión para satisfacerla, por si tarda en presentarse otra; amén de tener la fuerza de voluntad bastante para aislar los aplausos de las censuras, y al revés.

Que mañana ejecute Alvarez algún acto digno de encomio, ó haga alguna labor beneficiosa para el republicanismo en general, y ya verá si lo elogio.

Y si fuese posible que el propio Azcárate realizara alguna vez un acto grande que refluyera en bien de todo el partido, no en el exclusivo de una fracción ó de una personalidad, yo me olvidaría de su historia republicana para desgañitarme vitoreándole.

Y prueba bien reciente he dado de que obro así, al invitar para la unión á los que invité. De haberme dejado llevar por alguna de las pasiones pequeñas de que estamos los republicanos tan bien provistos, acaso hubiera excluído á algunos de los que cité.

A ver si se enteran

¿De dónde diablos sacan los republicanos que me combaten que mi últi-

ma iniciativa lleva por objeto deshacer nada?

¡Yo deshacer! ¡Pobre de mí! En política sólo he desflorado preñadas. Siempre he tenido que tomar precauciones para que no me aplastase el edificio que trataba de derribar; tan ruinoso estaba.

A continuación van dos artículos publicados en 1908, que prueban: el uno, que mi manía constante ha sido reorganizar al partido bajo la base de la unión; y el otro, que siempre combatí á los republicanos que piden á la sensatez argumentos para no hacer nada.

Proposición

Para ver si logramos reorganizar al partido, á fin de que vuelva á ser un factor importante en la vida nacional y esté apercebido para toda clase de luchas, pareceme los mejor lo siguiente:

Que en cada provincia se reúnan los republicanos, sin distinción de matices, como ya lo han hecho en algunas, y nombren un representante y un suplente.

Y una vez nombrados, que se congreguen los 49 en cualquier punto céntrico, y propongan, discutan y acuerden; algo parecido á lo que se hizo cuando la guerra de la Independencia para nombrar la Junta Central.

Lo que ellos acuerden, deberá ser ley para el republicanismo, sin meternos luego ninguno en disquisiciones sobre si el programa es muy federal ó muy unitario, muy radical ó muy conservador.

Las personas que ellos nombrasen para componer el organismo directivo, convendría que fuesen de su seno; pero podrían elegirlas de fuera también.

Había pensado indicar que ninguno de los representantes pasara de los cuarenta y cinco años, ni de los cincuenta y cinco los que pudieran resultar elegidos de fuera, á fin de que no formasen parte del organismo esos hombres que se parapetan tras la experiencia y los desengaños para no hacer nada; y también el que no se eligiera á ninguno que tuviera *cartel* de eminente, á menos que lo fuese; ni á los que hubieran desempeñado altos cargos de elección popular de diez años á la fecha; mas como esto pudiera disgustar á muchos y dar pretexto á la exclusión de alguno de verdadera valía, allá que resuelvan este punto los representantes.

El procedimiento no puede ser más democrático, ni el golpe al caciquismo republicano más rudo. Si gran parte de la opinión lo acepta, yo lo defenderé con la resolución y la constancia que he defendido otras soluciones.

A menos que se me convenza de que los republicanos, algunos de los cuales

no han reparado en nirse á separatistas, carlistas ó clericales para salir de pntados ó defender los intereses de una región, no pueden, para salvar los del partido, que son los de la patria, prescindir de exclusivismos, celos y emulaciones.

15 Octubre 1908.

Los sensatos

Esos enervadores de las energías del partido republicano, dicen muy graves y muy solemnes:

«Para traer la República es preciso primero educar al pueblo. Hay que preparar la tierra antes de tirar la semilla. Hay que crear escuelas para educar á los niños; colegios para ilustrar á la juventud; oponer periódicos á periódicos, propaganda á propaganda; hacer, en fin, lo que nuestros enemigos hacen.»

Pero ¿cómo se hace eso, hermosos? Sin dinero, burlados por los santoncillos del partido (ya no nos quedan ni santones), sufriendo la pesadumbre del Estado, vejados por el caciquismo, faltos de hombres de energía que batallen en las Cortes y de propagandistas que conforten los espíritus en los mítines, ¿cómo y con qué se levantan colegios y se fundan periódicos?

Esto aparte de que si alguien lo intentara y acudiese á pedir dos pesetas con tal objeto á los que dicen esas majaderías, con seguridad se iba sin ellas.

Por esto lo que hay que hacer no es tirar al surco semillas de sensatez, sino de virilidad, de fe, de entusiasmo; esparcir ejemplos de desinterés y abnegación; y preparar al pueblo para que pueda lanzarse, el día que se presente la oportunidad, á reconquistar los derechos que se le han arrebatado ó que se le niegan.

A los pueblos no los salvaron nunca los retóricos, los prudentes; lo salvaron los audaces, los arrojados...

Hablar ahora de remedios que, aun cuando fueran eficaces, no podrían producir efecto hasta dentro de veinte ó treinta años, es burlarse de este pobre pueblo que, en último término, es el que se sacrifica siempre por los grandes ideales.

10 Diciembre 1908.

Hace tres años y pico...

No sé si recordarán mis lectores, que allá á fines de 1908, cuando el señor Alvarez andaba en honrado contubernio con los monárquicos para apuntalar el trono de nuestros mayores, le soltaba al Pueblo cada trallazo que lo breaba.

Hoy reproduzco tres articulitos de los que entonces le dediqué, para ver si hay un descifrador de charadas que me saque esta: cómo, no habiendo variado el Pueblo desde entonces, quiere extraer ahora el señor Alvarez de su seno partidarios que le ayuden á derribar aquello que trató patrióticamente de sostener. Con un Pueblo como el que nos pintaba, ni á hacer obras de caridad se puede ir.

Pero léanse antes que mis artículos,

las afirmaciones del Sr. Alvarez que me obligaron á escribirlos, hechas muy eloquentísimamente en el mitin celebrado en Santander el 29 de Noviembre de 1908. Dijo:

«¿Cómo es posible que haya republicanos que se puedan negar á este concurso? ¿Sufriendo con revoluciones? ¿Engañando al pueblo, que sobre ser fanático es escéptico, con una revolución que no ha de venir jamás; engañando al pueblo para que lo soporte todo en beneficio de los elementos reaccionarios? Quien os aconseja la intransigencia—yo voy á dejar á salvo la pureza de sus motivos—ese no es liberal, ese no es democrata, y menos republicano. Es un colaborador de los elementos reaccionarios.»

«En el mundo hoy no se reputa esencial ninguna forma de gobierno.»

«Ese respeto absoluto á las formas de gobierno es algo absurdo y fuera de tiempo.»

«Hay muchos republicanos que no damos valor esencial á las formas de gobierno.»

«Un socialista como Briand pudo entrar en el Gobierno francés.»

«En una monarquía libre, parlamentaria y democrática, un republicano puede formar parte del Gobierno.»

Y sentadas las afirmaciones del señor Alvarez, allá van ahora mis artículos, publicados en el número correspondiente al 10 de Diciembre:

El pueblo escéptico

«Me explico que se le digan las verdades al Pueblo, que se le excite, que se le espolee, que se le satirice. Yo lo hice mil veces. Nadie para mí más indigno que el adulador de multitudes.

Y creo más; creo que no es un derecho el que se ejercita al decirle la verdad, sino un deber; acaso el primero de los deberes en todos los que hablan ó escriben.

Pero con dos condiciones: la de que el que se le diga no lo haga para conseguir un fin puramente personal, y la de permanecer á su lado. Fustigarle para justificar el abandono en que se le deja, ó para pasarse al campo de sus enemigos, es acción cobarde; y si no se me resistiera tanto el empleo de ciertas palabras de grueso calibre, añadiría que acción villana.

Váyase á la monarquía el que quiera, cansado, desesperanzado, ó deseoso de mejorar de posición; mas tenga el pudor de no basar su cambio en la conducta del Pueblo.

Porque, aunque realmente fuera lo que dicen, que no lo es, la culpa sería, como ya he dicho, de los que le han guiado y utilizado; nunca suya; de los que le han dado tantos ejemplos de acomodamiento al medio; lo han engañado ofreciéndole lo que no le han cumplido; le han enseñado que cada cual debe mirar por sí únicamente.

La palabra *escéptico* aplicada al Pueblo, no tiene sentido; precisamente es lo contrario. Cree todo lo que le dicen, y, lo que es peor aún, cree en ciertos hombres.

Lo traen y lo llevan con una palabra, á veces nimia, á veces falsa. «¡Votad!», Y lo hace. «¡Deposita tu confianza en éste!», Y la deposita. «¡Ve á la coalición, á la fusión, á la unión!», Y va. Y al final

de cada acto de éstos se encuentra con un desengaño nuevo, sin caer por esto en el escepticismo. Por ser así no escupe ahora en la cara de los que le dicen: «¡viva la libertad!», para sacar á la monarquía del atolladero en que se encuentra por haber extremado la reacción.

En el primer tercio del pasado siglo era popular esta coplilla de pésima factura:

«El pueblo ¡miren qué risal,
porque es pobre es ultrajado;
le llama descamisado
quien le dejó sin camisa.»

La coplilla es hoy de tanta oportunidad como ayer. Llamam *escéptico* al Pueblo los que más han trabajado para que llegue á serlo.

Sin conseguirlo hasta ahora.

El blanco de todos

«Echarle al Pueblo la culpa del estado actual de España, como Melquiades Alvarez ha hecho, es una solemne majadería, sino es algo peor. Para buscar una disculpa á la vergonzosa evolución que prepara, no necesitaba insultar ni deprimir al Pueblo.

Ese Pueblo tan adulado en vísperas de elecciones y tan menospreciado y desatendido después que vota.

Ese que eleva á charlatanes veleidosos que lo denigran cuanto se ven arriba.

Ese que acude todavía á donde los farsantes le llaman, si lo llaman en nombre de la libertad, á pesar de los desengaños que ha sufrido.

Ese que no ha logrado desde la restauración acá llevar á los municipios, sino por excepción, hombres que velen por los intereses comunales.

Ese que ha acudido á las urnas siempre que se le ha pedido, sin tener más fortuna al elegir diputados que al votar concejales.

Ese á quien se vilipendia si calla, se le censura si grita, no se le defiende si se alza, y se le abandona si los monárquicos le persiguen.

No, no es el Pueblo ese quien tiene la culpa de que estemos como estamos. Si alguna responsabilidad le cabe, es esta únicamente: No haberle dicho á tiempo á sus directores: «El amo soy yo», y haber obrado en consecuencia.

No habría entonces quien se atreviera á ofenderle, como Melquiades lo ha hecho en Santander.

A Don Melquiades

«A pesar de lo que le digo anteriormente, si se ha de ir usted al fin, váyase cuanto antes. Deje ya de perturbar al partido republicano.

¿Cree usted seriamente que éste se compone de fanáticos y escépticos?

Pues huya usted de él, hasta por dignidad. Un equánime y un creyente como usted no debe seguir confundido con gentecilla así.

La monarquía ofrece ancho campo á sus altas cualidades y merecimientos. Además, aquí no podemos darle ya nada. le hemos llevado al Congreso; su brillante oratoria lo ha orientado hacia los dominios de la Fortuna; está usted ya en ellos... ¿á qué continuar á nuestro lado, si en adelante, aunque quisiéramos, sólo podríamos ofrecerle respeto y admiración, tributos de escasa

valía para quien aspira á otros más co-
tizables?

Pero de irse, váyase solo, para no ex-
ponerse á que la monarquía le diga:
«¿Y esto me traes? ¿Para qué quiero yo
escépticos? ¿Crees acaso que no tengo
bastante?»

Entréguese usted del todo. Los me-
lindres sientan mal á última hora.

No vaya usted á parecerse á la mujer
aquella que concedía á sus amantes
todo lo que la honestidad y la decencia
vedan, y se creía honrada porque, al
llegar á la consumación del acto, ex-
clamaba entre pudorosa y calculadora:
«¡Oh! ¡No! ¡Eso rol! ¡Eso no!»

¡Animo, D. Melquiades, y á tirarse de
cabeza al charco! Para nada se necesita
tanto gallardía como para cometer in-
dignidades políticas. A veces lo estado
de la acción predispone á la indul-
gencia.

La nieve es hermosa mientras con-
serva su blancura. Sucia ya, ¿qué im-
porta el más ó el menos?

Y ahora, leídos esos artículos, diga-
seme con franqueza si pude escribir
más mesuradamente, ni más correcta-
mente, ni más cortésmente al ocupar-
me del republicano que hizo aquellas
afirmaciones, y que hoy trata de esca-
motear á las otras fracciones individuos
de aquel Pueblo *escéptico y fanático*,
para hacer una revolución que no ha de
venir jamás.

¡Y que me tengan todavía algunos
por apasionado y demoleador!

¡Reputación más usurpada!...

Puesto que se empeñan...

¡Pero cómo siguen explicándose al-
gunos periódicos al recordar el treme-
bundo y nunca visto suceso de los sil-
bios propiados al señor Alvarez en
Barcelona! Si una verdulera borracha
los leyese, enriquecería su vocabulario.

Y lo más chistoso, es que hablan tan
rabanerescamente en nombre de la cul-
tura, de la buena educación, de la cor-
tesía, de la tolerancia y de otra porción
de cosas muy respetables, aunque por
muy pocos respetadas cuando se ven
contrariados en sus propósitos.

Y de mí ¿qué no dicen? «Que si he
pedido la unión por vanidad»... «Que
si trato de deshacer lo sé cuantas cosas
inquebrantables é indestructibles»... Y
me lo dicen tan serios, tan estirados,
tan solemnemente, que yo sé si soltar la car-
cacha, ó echarme á temblar de miedo.

Porque, como habrán advertido mis
lectores, tenemos una porción de corre-
ligionarios, sistema Azcárate, que en su
vida se ríen; que van siempre engalla-
dos como dicitos: «¡Elrepublicanismo
soy yo!» ó encorvados majestuosamen-
te para dar á entender que los atruma
el peso de su superioridad, y que dicen
con el codo aquel que se miraba los
galones: «¡yo mismo me respetol»; y á
esa clase de señores pertenecen los que
afirman que yo he tratado de producir

no sé cuántos efectos terribles al pedir
que los jefes se unan según el Pueblo
desea, desafiando así los vientos que
hoy soplan furiosos cual nunca en el
republicanismo.

No, sesudos homes, no; y la prueba
de que yo no buscaba el exacerbamien-
to de las pasiones, está en que ni si-
quiera reproducí aquellos escritos que
me eran muy simpáticos por su bizarría
de expresión ó por su tendencia á unir
los republicanos.

Más puesto que se empeñan en echar
sobre mis ya encorvadas caderas todo
el peso de la responsabilidad del actual
jollín, declaro que la acepto con mu-
chísimo gusto, y que trasladado con mu-
chísimo ídem los dos escritos que van
tras estos renglones, rogando á quienes
me los enviaron desde San Sebastián y
Barcelona, que me perdonen por no ha-
berlo hecho más oportunamente.

Nunca es tarde si la dicha es buena,
dice el adagio; y aunque las actuales no
son dichas, sino desdichas para nos-
otros, ¿quién sabe si de esta inundación
del Nilo republicano no saldrá mañana
la cosecha de venturas que soñamos
para la patria?

Y basta de retórica, y oído á la caja:

La verdad amarga

«Somos unos imbéciles, más resigna-
dos que las ovejas enfermas, quienes
venimos á escucharnos á vosotros, hom-
bres nocivos que, llamándoos los más
altos representantes de la conciencia
republicana, lleváis la palabra UNION
en los labios y en las entrañas el odio
personal hacia vuestros mismos corre-
ligionarios.

Somos imbéciles, porque sin vos
otros, engañadores ilustres, las ideas
republicanas se impondrían por su
propia soberana fuerza, y con vosotros
no es posible ni sentir con intensidad
el amor á la República.

No sois dignos de llamaros caudillos,
ni siquiera soldados de fila, porque
desertáis de vuestros elementales de-
beres de concordia y dejáis abandona-
do vuestro poderoso ejército. Así puede
derrotarnos el enemigo, no con la fuer-
za de sus débiles puños, no con la efica-
cia de sus muertos principios, sino con
la acción corrosiva de la burla y el sa-
carismo que merece nuestra conducta.

No queremos huera sfilamas tribu-
nicias ni falaces promesas que no se
cumplen nunca. Queremos la fraterni-
dad de la gran familia republicana,
como único medio eficiente de traer la
República.

No somos partidistas, no somos fula-
ristas, no queremos ídolos humanos
ni divinos. Nuestro templo es el de la
UNION verdadera; nuestra única ima-
gen adorable la santa DEMOCRACIA,
erigida en gobernadora libre del pue-
blo.

Con la espalda vuelta á los hombres
y la vista clavada en el sol resplande-
ciente del ideal, os decimos que no po-
déis ser nuestros redentores. Para serlo,
tenéis que practicar antes, entre vos
otros mismos, aquel anárquico consejo
del Crucificado: ¡AMAOS LOS UNOS A
LOS OTROS!

No es esta hora el eco pregonero é
impertinente de una protesta airada.
Es la expresión necesaria y viva de una
angustia que atormenta nuestro espiri-
tu. Patentizada así la queja, nuestro
objeto está cumplido.

Dijo el gran Costa que nos dolián las
manos de no hacer nada. Pudíáramos
rectificarle diciendo que nos duelen de
tanto aplaudir á quienes no lo merecen.
Estamos hartos de tanta verborrea in-
útil y ya es hora de que el pueblo rea-
ponda á la vana elocuencia con su des-
vío, por no decir con el más absoluto
desprecio.

Los desengaños y la desesperanza nos
hacen aborrecer estos actos de relum-
brón fastidioso. Si hoy comparecemos
aquí, lo hacemos sólo por rendir un
homenaje de admiración á la valiente
democracia eibarresa, cuya disciplina
y cuyo arrojo debieran servir de ejem-
plo á los caudillos desmanotados.

¡Atrás los jefes ineptos! ¡Paso á la
República!

LA JUVENTUD REPUBLICANA
DE SAN SEBASTIAN

Esta *Hojita* fué repartida en el ban-
quete de Eibar, el día que el Sr. Alva-
rez pronunció su discurso.

Quiso hablar D. Melquiades

*El escándalo fué justo. — Tiene razón
el pueblo — Nos sobran políticos, pro-
gramas y discursos. — Más pan y más
escuelas*

El cadáver de D. Melquiades

«Dígame, con verdad, que Barcelona
se portó el domingo muy bien... Y no se
extrañe nadie de esta alabanza, que es
apología del escándalo. Sinceramente
y cuerdamente, opinamos que el escán-
dalo fué justo. Más aún: que ese escán-
dalo debe repetirse cada vez que al-
guien intente exponer un nuevo pro-
grama. Estamos de programas políti-
cos hasta las narices. Nuestras bocas,
en cambio, no mascan pan. Fues ¡pri-
mero pan!...

Este grito es muy humano: luego es
grito del pueblo. Dicen, sin embargo,
que no fué el pueblo quien escandaliz-
ó, sino unos radicales. No creemos
que á nadie conste, de una manera ca-
tegórica, que solamente los radicales
gritaran. Además, esto no nos importa.
Lo cierto es que D. Melquiades no pudo
exponer el nuevo programa. ¡Y esto
honra á Barcelona!...

Ya los pusilánimes ó políticos logre-
ros argumentan sus censuras con invo-
car el respeto, la cortesía, el civismo...
¿Qué significa todo esto frente al ham-
bre secular de un pueblo? Un pueblo
con hambre ha de ser necesariamente
salvaje. Un pueblo con hambre ha de
ser como un león...

Y España tiene hambre antigua; Es-
paña se cae de anemia. Es necesaria, es
urgentísima una acción política rege-
neradora; digamos reconstituyente...

¿Quién la ha de hacer? ¿Quien se al-
este nos tiene sin cuidado. Lo mismo
creemos en unos que en otros, como no
creemos en nadie... Pero cuerdamente
habiendo, no se hará con programas
antiguos que un político, á manera de
sastre de portal, vuelva del revés como
prenda usada, para engañarnos la via-
ta. ¡No así!...

Así únicamente se producirán más oligarquías y se nos revelarán más concupiscencias. Cada nuevo programa es una división; cada división el logro de unos cuantos politicastros. Y tenemos programas y politicastros en demasía. ¡Y ni ellos hacen ni dejan hacer!

Por eso nos parece justo el escándalo de antes de ayer. Si no fué toda Barcelona, debió serlo. Esto la enaltecería, demostrando una vez más su sentido práctico... ¡Llevamos ya un siglo de falsa política! ¡Y es un siglo de ayuno!... ¡Nos sobran promesas, pero faltan realidades!... ¡Somos ricos en programas, y miserables de pan!

¡No es urgente acabar con tamaña tragicomedia aun prescindiendo de todo respeto, de toda cortesía, de todo civismo? ¡Menos discursos sonoros, menos programas prometedores y algunas realidades, por misericordia!

Hace ya doce años que Joaquín Costa decía que el problema español no tiene otra solución que «esuelas y despensas». ¿Cómo han atendido este aviso los que se llaman discípulos de aquel maestro? ¿Qué han hecho cerca de los gobiernos para obtener mejoras?

¡Impóngase el pueblo así, como ahora, como es su deber imponerse mientras tenga hambre! Por gracia del pueblo, un partido más de los muchos partidos que nos están partiendo, ha nacido como feto muerto...

¡Ahí está, de cuerpo presente, en Barcelona, el cadáver político de D. Melquíades Álvarez! ¡Ahí está pragonando que un pueblo, ya consciente de veras, quiere acabar con esa ruinosa comedia política! ¡Ahí está demostrando que los nuevos políticos no han de ser, como hasta ahora, unos toreros con su oratoria por capa, y nada más!

Si no fué todo el pueblo de Barcelona quien escandalizó al nuevo programista, debió serlo. Porque, en verdad, tanto sobran programas como falta pan. Y esto debe decirse a los políticos bien alto, sin respeto, sin cortesía, sin civismo...

Pues si para ser fuertes, en el actual desconcierto, es menester ser salvaje, ¡por nuestro bien, seamos todos salvajes!

Este artículo me lo enviaron de Barcelona en una hoja de periódico, sin decirme el título: sospecho que es de *La Prensa*.

Y este artículo y aquella Hoja, redactados en el único estilo que la indignación popular emplea cuando se pone al servicio de la verdad (y que no hay que confundir con el de la indignación artificiosa á que antes aludí), no había querido yo reproducirlos por respetos mal guardados. Hoy lo hago, para decirle á los jefes:

«¡Fijaos en la esencia de esos dos escritos antes que en su factura, y procurad, haciendo la unión, que no haya pretexto para lanzar otros parecidos. Lo que en ellos se dice es lo que siente la mayoría de los republicanos. El Pueblo quiere la unión, y acabará por hacerla, con vosotros, sin vosotros, y á pesar de vosotros. Se ha empeñado en que termine la comedia revolucionaria que estais representando, y se saldrá con la suya.

Está ya en la tribuna del público que asiste á la representación de una comedia que defrauda sus esperanzas en el tercer acto, pero que había aplaudido mucho en los anteriores. Comienza con débiles protestas y pide luego que cese la representación; mas si los comediantes se empeñan en hacerla tragar hasta el fin, grita, silba, bastonea y acaba tirando las butacas al escenario.

Suspended, pues, la obra de gran espectáculo, *La Desunión* que estais representando, y sustituidla cuanto antes con esta de estilo realista: *La Unión*. Y veréis trocados en aplausos los silbidos, y las censuras en alabanzas.

De lo contrario, os exponéis á que se os apliquen muy pronto estos versos de *El Romancero*:

Mala la huisteis, franceses,
en esa de Roncesvalles

Respuesta ofrecida

Querido amigo Soriano: Veo que, aun cuando pasan años sin vernos, usted no se olvida de mí, y recuerda lo que he escrito mejor que yo. Nada tan borrado en mi memoria como el artículo de que me habla, y que va á continuación de estas líneas (yo me he dado por las reproducciones), para documentar los elogios que usted me tributa.

Por cierto que hacía poco tiempo que nos tratábamos cuando lo escribí. Como aún no se había usted declarado republicano, fué la literatura, no la política, quien selló nuestra amistad; amistad que se agrandó en aquel singular é inolvidable semanario *Vida Nueva*, fundado durante el desastre colonial para empujar á España hacia derroteros de regeneración.

¡Qué lejos y qué cerca vao todo aquello, aunque el lapso de tiempo transcurrido sea cortol! Cuando cuento las horas en el reloj que marca las desventuras patrias, antojáseme que ha pasado medio siglo; que todo ese espacio de tiempo hubiera sido necesario en otro país para acumular tantas ruinas, tantas catástrofes, tantas vergüenzas. Pero cuando las cuento en el reloj del republicanismo, casi el único que miro, me parece que se paró el tiempo allí, pues todo lo encuentro como entonces: las mismas desconfianzas, idénticas divisiones, iguales odios entre nosotros.

Con esta desventaja: que entonces podía disculparse, si no justificarse, aquella situación caótica del republicanismo, teniendo en cuenta que aún se debatía si la República había de ser federal ó unitaria y si debía venir por la revolución ó por la evolución, mientras que ahora todos estamos conformes en que venga por la revolución, y en que se implanten las autonomías hasta donde lo permita la unidad de la patria. Y, sin embargo, nos tiramos al degüello con una fe, una constancia y un entusiasmo fusilables.

¿Mis por qué le digo á usted esto, faltándole á todas las reglas del buen gusto, yo, que rehusó constantemente hablar de política? Porque tampoco he adelantado gran cosa desde entonces. ¡Unión! ¡unión! pedía yo en 1898, y ¡unión! ¡unión! pido en 1912 con insistencia y monotonía de loro de repertorio escaso...

Volviendo ahora, mejor dicho, entrando en lo del Museo, aseguro á usted que su artículo me ha producido un gran desencanto: creía yo que los cuadros que encierra valían por lo menos doscientos millones de pesetas; por esto propuse que se emplearan para que nuestros soldados no careciesen de pan ni de balas. Si llevo á sospechar que sólo valían la cuarta parte, ¿qué había de haber escandalizado á los *amateurs* con aquella pitada antiartística?

Pero, en fin, discúlpeme la intención. Me he equivocado tantas veces, que si una vez acertare por carambola, creería hasta en la posibilidad de que algún día fuese explicado matemáticamente el misterio de la Santísima Trinidad; y hasta en algo más difícil; en que los republicanos...

Pero ¡alto aquí!, no vaya á decir algo que no deba al amigo que me ha quitado por un momento quince años de encima (que ya es quitar á estas alturas) evocando el recuerdo de aquella visión patriótica que me permitió creer en la regeneración de España, y que el tiempo se ha encargado de ir desvaneciendo poco á poco, sin haberlo aún conseguido del todo...

Llegó, amigo Soriano el momento de despedirnos, y me hallo perplejo. ¿Cómo lo haré, sin exponerme á que los perspicaces del partido vean en una palabra afectuosa un plan maquiavélico contra éste ó contra aquél? Porque así suelen gastarlas algunos de nuestros queridos correligionarios.

¿Qué le digo?... ¿Qué le digo?...

Eureka! Ya di con la fórmula:

Un apretón de manos literario de

JOSÉ NAKENS

Callar y obrar

Vamos á estar en guerra con una nación extranjera. No discutamos si es de ella la culpa, ó de nosotros; si del régimen que nos gobierna, ó de la ambición de los que nos combaten. Españoles ante todo, obremos como tales.

Lo primero que se necesita para la guerra, y lo segundo y lo último, es dinero. Que salga de donde esté, ya que el pueblo da todo lo que tiene: la sangre de sus hijos.

A ver, vosotros, los tenedores de papel que habéis venido cobrando puntualmente los intereses del que acaparáis; á ver qué hacéis. El patriotismo no consiste en cobrar siempre, sino en pagar un día.

Grandes empresas, Transatlánticas, Tabacaleras, Banco de España, todas, en fin, las que os habéis enriquecido por el privilegio; llegó la hora del sacrificio: á depositar vuestras ganancias en el Tesoro de la nación.

Altos empleados que cobráis más de mil

duros; á renunciar lo que exceda de esa cantidad para que tengan municiones y pan les que se baten: que con pan y municiones, el ejército español hará prodigios.

Clero que puedes vivir de lo que cobras por sacramentos y por pie de altar; á ceder en el acto los millones que percibes del presupuesto; se trata de guerra, y contra protestantes; haz lo que detea, por la patria y por la religión.

Esas imágenes rebosantes de joyas que pudieran venderse y con su importe adquirir la primera marina del mundo; esas vírgenes del Pilar, de los Desamparados, de Montserrat, de los Dolores, de la Montaña, de las Angustias, de la Paloma, de la Fuente, de Atocha, de Guadalupe, del Cobre y cien y cien más, cada una de las cuales pudiera comprar un barco hipotecando sus alhajas; esos Cristos de madera que visten trajes bordados de pedrería, y que, empeñados, asegurarían la alimentación á los creyentes que se baten: esos cálices, esas custodias, esos mil artefactos místicos de lujo, que, vendidos, bastarían á cubrir las carnes de los que van á la guerra desnudos de otra ambición que no sea la de morir por la patria; esas catedrales caídas de riquezas enajenables inmediatamente por su valor intrínseco ó artístico; esos cabildos que tienen rentas cuantiosas; esos frailes millonarios que ejerce industrias; las comunidades de Filipinas que guardan millones en el Banco de Londres; los jesuitas cuyas riquezas contrapesarían en gran parte las del país que nos promueve la guerra, esos, todos esos pueden y deben proporcionarnos lo único que nos falta para vencer, el dinero, ya que el valor, el honor y el amor á la patria nos sobran.

Esas casas de oración donde se recogen desgraciadas para explotarlas haciendo canchales y albas y demás prendas de cura; que arrinconen la labor esa y coran de balde las prendas que han de llevar nuestros soldados; que esto es lo más perentorio ahora.

Esas comunidades que albergan á millares de hombres útiles redimidos del servicio por injusto privilegio; que paren inmediatamente al gobierno relación de los útiles, para que los destine á los regimientos en que deben mostrar su heroísmo como españoles y su fe como católicos...

Esos obispos, que vendan sus coches para comprar carros de ambulancia; que se relesquen á una habitación modesta en sus palacios para que las demás sirvan de albergue á los soldados que caigan heridos; que coman frugalmente para que los anéxicos tomen caldo...

Esas señoras que forman parte de asociaciones benéficas, que cesen de pedir y comiencen á dar. Y como para esto se necesita perder poco tiempo, que rasguen lienzos y hagan hilas en los intermedios para los que caigan heridos.

Esos museos atestados de preciosidades, que sirvan de garantía para un empréstito; se rescaten sus joyas artísticas, pero si no se rescatasen, nunca habrían servido las obras de nuestros Velázquez, Murillos y Rivecourt para empresas más altas; salvar la honra de la patria. Ya venorán pintores que en lo porvenir cubriren las desmanteladas paredes con lienzos que inmortalizan las hazañas ejecutadas por los españoles con el importe de los cuadros de los grandes maestros.

Esos que deben al Estado, á pagar; los que ocultan riquezas, á descubrirlas; y los que tienen derecho á cobrar, á no pensar en él mientras la nación esté en lucha; ni después, hasta que normalice su situación económica.

Familia real, bajo cuyo dominio concurren todas estas catástrofes; elevátele á la altura de las circunstancias; y ten un rasgo que entusiasme y sirva de ejemplo á las clases privilegiadas: renuncia á lo que no te sea estrictamente preciso para vivir en favor de esos infelices que se disponen bravamente á morir por faltas que otros cometieron.

Y los demás, todos los que vivimos modestamente, vivamos más modestamente todavía; toquemos los linderos de la pobreza, si nuestro sacrificio ha de servir para com-

prar barcos, para alimentar nuestros soldados, para que no padezca nuestro nombre de españoles, y para que, los que no lo sean, al ver lo que hacemos, consideren como una desgracia el no serlo.

¿Qué es hoy lo indispensable? ¿Hierro, plomo? Los tenemos en nuestras minas. ¿Fabricas de armas? Tan buenas como las mejores son las nuestras. Pidamos al extranjero únicamente lo que no haya aquí, y que suban los cambios al ciento por ciento. Como traeremos poco, poca será la pérdida.

Serenidad, austeridad, virilidad, y este pueblo á quien se cree arruinado y decaído, sacará tesoros de su patriotismo.

Y ya que ha llegado la hora de los sacrificios, que haya puja de emulación.

2 Abril 1898.

Autoridad indiscutible

Que Estévez la tiene en estos asuntos revolucionarios, nadie lo duda.

Pues bien, he aquí lo que ha dicho sobre el tan cacareado asunto de los silbidos:

«Me sorprende se escandalice tanto por la silba que el Sr. Alvarez ha cido en Barcelona. ¿Ea que en Barcelona, antes de ahora, no habian silbado á nadie? A todo bicho viviente, sin exceptuar á Prim.

En 1870 fué silbado estrepitosamente el Sr. Ruiz Zorrilla, á la sazón ministro del Gobierno provisional, y por cierto que entonces tuvo D. Manuel un rasgo propio de su liberalismo. Al oír en la Rambla aquella tempestad, exclamó sin sorprenderse ni asustarse:

—¡Muy bien; aquí hay un pueblo!

Pero hay liberales á quienes no les gustan esas cosas. Están por los pueblos sensibles, apacibles, mansos.

Lo que debe enardecer y entusiasmar á un partido democrático, es que se aplauda con frenesí ó se silbe con estrépito; los silbidos aislados, lo mismo que los aplausos tibios, no significan ni prometen nada.

Sin pasión no se va por ninguna parte.

Si yo tuviera amistad con el Sr. Alvarez, ahora le felicitaría, como felicito una vez más al pueblo de Barcelona.

La opinión en el extranjero

«Es evidente de toda evidencia que la República no es á la hora presente un hecho en España, gracias á las divisiones que existen en el gran partido republicano. Estas divisiones, es preciso repetirlo, no obedecen al natural deseo de hacer triunfar un nuevo régimen, sino á las ineficaces ambiciones de los encargados de hacerle triunfar.

La prueba es esta:

Está fuera de duda, que cuando se trata de triunfar en las elecciones generales, estas divisiones cesan como por encanto; y entonces la candidatura republicana triunfa en todas las grandes ciudades, aun en Madrid, asiento de la monarquía.

Pero una vez pasadas las elecciones, todos los grupos republicanos entran en sus tierdas, ofreciendo á cual mejor sus respectivos programas; cada uno

de ellos contiene, sólo él, la salvación y felicidad de la patria.

Foco más de un mes hace que un orador de valía, D. Melquíades Alvarez, ha creado un nuevo grupo republicano, y no sabiendo qué nombre darle, se ha decidido por el de «partido reformista». ¡Como si todos los otros no lo fueran también, ó quisá más!

Como es justo, los dos partidos monárquicos que se suceden en el poder desde hace treinta y siete ó treinta y ocho años, están contentos de todo esto; además de que el país, ansiando cambiar de postura desde hace algunos años, tiene miedo á los resultados anárquicos de la lucha entre los partidarios de los siete ó ocho programas, todos diferentes.

No he tenido tiempo de penetrar en el fondo de las ideas de cada uno de los susodichos partidos; pero no se necesita tener mucho talento para conjeturar ahora, que si los republicanos españoles persisten en su conducta, verdadero suicidio, el porvenir no inscribirá sus nombres en el gran libro de oro de la fama. Son, en efecto, los más numerosos y obtendrán la victoria si se unen.

Tal como hoy se presentan al país, no son otra cosa que una fuerza heterogénea, y dislocada, siempre á merced de sus adversarios. Esto es trágico, pero es como lo digo.

De temer es que no se unan y que han de persistir en su política divisionista.

Le Rappel

París.

La República y el altar

¡Viva Cristol gritan al unísono cuáqueros, hugonotes, luteranos, oismáticos y católicos...

Y si bien Cristo vino á enseñar y establecer como dogma suyo fundamental el perdón de los enemigos, cuanto más de los amigos, ahí nos salen sus vicarios el Papa de Roma y el Papa de Constantinopla, con el Papa de Alemania y el Papa suizo, enzarzados como fieras, arrancándose los ojos, abriéndose las entrepiernas...

Todos son cristianos que sólo buscan á Cristo; todos se llaman unos á otros diablos é hijos de Satén, y luchan como diablos en batalla eterna, siempre con el mismo grito: ¡Viva Cristol!

¿Quién será ese Cristo á quien vitorieen estos tigres, lobos, chacales, vibras, ó lo que sean?

Porque lo que es el Cristo aquel que murió crucificado bendiciendo á sus verdugos, ese no puede ser el padre de tales fieras.

Otro debe ser, y otro es realmente.

Para el Papa, el Cristo es el propietario del Vaticano y de sus milanes; la ley de garantías que le pone á salvo de los tribunales de justicia; la superstición que le lleva ríos de oro; el fanatismo que le sirve un ejército de lacayos y de camareras que le besan el pie...

Este es el Cristo pontificio. Todo el que lleva algo de eso al Papa, servilismo, fuerza y dinero, es amigo del Papa y es buen cristiano, aun que reniegue de

Cristo. En cambio, todo el que le resta algo de eso, por más que conalgue y recoe, ese tal es anticatólico y enemigo de Cristo; el Papa lanza contra él la excomunión.

Pues... los otros Cristos son parecidos a este.

Para cada jefe de secta el Cristo es la jefatura y la nómina, como para cada obispo la mitra y para cada canónigo la renta.

Cuando gritan *viva Cristol*, quieren decir: *viva mi Cristol*... el que me sirve de pantalla de mis hipocresías y de escabel de mis ambiciones; *viva mi Cristo*, y muera todo Cristo que no sea el mío!

Esto es lo que no se atreven a decir, sin embargo.

Jamás el Papa ha osado decir, *muera el Cristo de Lutero*, ni los protestantes han dicho, *muera el Cristo del Papa*. Esto se lo callan para no alarmar al público. De palabra no se atreven; de obra sí. Los católicos pisotean las hostias consagradas por los esnátlicos, no porque no sea Cristo, sino porque no es el suyo. «Los esnátlicos hacen lo propio con los Cristos católicos».

Y por enojo de esas osbllas religiosas, está el Cristo aquel de la cruz, más muerto por estos sayones que por los otros. ¡Pobre Cristol!

El grito de estos *vivaques* se parece al saludo de las turbas de Jerusalén: *¡Salve Rey de los judíos!* Y le iban crucificando.

..

Pues este campo de Agramante religioso se parece a nuestro campo.

La República está crucificada, echando sangre por todos los poros. No le queda hueso sano.

Y vienen los santos y pontífices republicanos gritando: *viva la República*, en tanto que disparan contra la República de los vecinos.

¿De qué República se trata? De la suya. Oa la Pontífice aclama como Dios al Cristo que le proclama a él Pontífice.

Cada jefe republicano aclama la República que le consagra a él jefe.

Y he aquí que, en resumen, cuando ellos gritan, *viva la República*, debe entenderse esto otro: *viva mi jefatura*.

Lo propio que cuando el obispo grita *viva el Corazón de Jesús* quiere decir: *viva mi sueldo, mi palacio y mi automóvil*.

Menos mal si los jefes se despellejaran unos a otros entre sí; pero, eso no.

El Papa se mete en el Vaticano mientras dispara sus requetés y zuevos a matar hugonotes y a hacerse matar de ellos.

Los jefes no se matan entre sí: este oficio lo dejan a sus plebes. Las turbas son las que luchan y se destrozan por los Cristos ideales, en tanto que los jefes atienen a lo positivo.

¿Cuándo acabará este espectáculo?

¿Cuándo se les caerá de los ojos la venda del fanatismo a los fanáticos? ¿Cuándo se oirá surgir del pueblo una voz potente que replique al orador republicano que viene a combatir a los republicanos?

«No basta gritar: *viva la República*. Para hacerla vivir, lo que se necesita no son gritos, sino obras: y la primera es la unión de los republicanos.»

De un aprendiz

Conocí a D. Antonio Sánchez Pérez en 1877 a 1878; después de esta fecha jamás mi palabra se cruzó con la suya, aunque alguna vez nos comunicáramos por escrito ya entrado el siglo xx.

Conservo de él gratísimo recuerdo que quiero reiterar hoy, hoy que, vuelto al no ser, ni aun darme las gracias puede.

Era yo aprendiz de la imprenta donde se estaba en primer *El Solfeo* y después *La Unión*, y así acudía al piso bajo de la calle de Fomento donde estaba la redacción en busca de original o para llevar pruebas.

Hubo un tiempo en que estos periódicos se componían de noche, empezándose a las once para concluir a la madrugada, y no prohibido el trabajo nocturno de los menores, el autor de estas líneas seguía llevando pruebas y recogiendo original.

Pero casi siempre había que esperar en un recibimiento donde un viejo reloj de péndola con su *tic-tac* y cierto monótono rechinar incitaba al sueño. Y el pobre aprendiz se quedaba dormido mientras D. Antonio leía las pruebas, concluía un artículo—unos «Preludios»—o preparaba otros originales.

Y aquel hombre bondadoso, cuando salía al recibimiento, quizás después de haber llamado en vino al muchacho de la imprenta le dejaba dormir un rato, y luego le despertaba suavemente, y en vez de reñirle, con tono de conmiseración le hacía los encargos que venían al caso, después de hacerse enterado, con no poca paciencia, de que el chico estaba bien despierto.

¿Que cómo sé esto? Pues una noche en que el sueño iba venciendo la voluntad del aprendiz se abrió la puerta de la habitación en que D. Antonio trabajaba; salió éste, y al ver al muchacho dormido o al parecerle que estaba dormido se retiró de puntillas.

No tengo otros recuerdos personales del escritor ilustre y hombre bueno, ni me ligó con él vínculo de amistad hasta muchos años después en que el relato de estos hechos me valió una carta cariñosa y benévola; pero la delicadeza de aquel hombre con el pobre rapaz, le obligó a gratitud.

Hoy la expresa, sintiendo que su pobre pluma no pueda rendir mayor ni mejor homenaje a la memoria del varón bueno y sensible.

J. J. MORATO

El milagro de Sor Angélica

Para el Sr. Nakens

Digan lo que quieran los imos, en Lourdes hay milagros, y son de dos clases: *falsos* que son producto de la prestidigitación clerical; y *verdaderos* que

son obra de la fe, y que los sabios explican por la auto sugestión. Sólo la fe puede realizar en Lourdes curas prodigiosas, y sólo en enfermedades de origen nervioso. Casarot demostró que las grandes emociones nerviosas producidas por diversas causas, dan muchas veces elasticidad y movimiento a los órganos paralizados. En el enfermo nervioso de Lourdes esta causa es la fe, chispa que produce la explosión de fuerza necesaria para que se verifique en el organismo una reacción energética. Para que este fenómeno patológico se realice, hay que ser en Lourdes *creyente fanático*; el indiferente, el incapaz de sentir la exaltación mística, entrará y saldrá cien veces de la piscina sin curación, ni esperanza de ella.

La fe que se exige en Lourdes no es divina, es humana, y la enfermedad ha de ser precisamente de origen nervioso, porque la sífilis, el cáncer, la lepra, la lepra, no se han curado jamás allí, ni se curarán, porque los prodigios de la auto-sugestión no tienen energía ni fuerza para lavar su campo; les falta la alianza y la complicidad de los nervios.

En Italia ha sido objeto de grandes discusiones la cura milagrosa de Sor Angélica en Lourdes, ese centro de explotación iniliga que alguien ha llamado el Monte-Carlo del catolicismo, donde se deja siempre el peregrino o la bolsa o la vida.

Sor Angélica Maresi, religiosa de las Mínimas de la Dolorosa, enfermó en Febrero de 1905 hallándose de enfermera en el hospital de Spilamberto. El diagnóstico de la enfermedad de la monja no se supo jamás con certeza; ella misma habla de síntomas de reumatismo articular, después de apendicitis tuberculosa. En este estado se decidió su traslado a Lourdes. Para mayor impresión de los peregrinos se la trasladó en una camilla desde el Hospital al tren, y se hizo oír la voz de que la monja estaba muribunda, y que seguramente moriría durante el viaje. La monja llega a Lourdes, y he aquí cómo describe el prodigio:

«La mañana del 30 fui llevada a la piscina; apenas estuve dentro del agua, sentí que una fuerza nueva corría por mis miembros, y de un modo especial por mis piernas. Al salir del baño *pués sentírmis*. Puesta en el lecho podía volverme a todos lados sin ayuda de nadie. El domingo fui llevada en una camilla a la piscina (por qué en una camilla si podía ir sentada?) ¡fui sumergida en el agua que estaba helada y experimenté un temblor insólito... me puse de rodillas dentro del agua, me levanté sola y di varios pasos. Al salir volvieron a ponerme en la camilla porque el dolor en la espalda dorsal era fuertísimo... Por la tarde fui de nuevo llevada a la piscina y sentí un gran dolor en todos mis miembros y un abatimiento inmenso, inexplicable... Sentía una gran repugnancia a entrar en la piscina, y una vez dentro percibí una sacudilla fortísima, y de un esfuerzo me levanté sola y me sacaron fuera, sentada. No sabía lo que me pasaba al hallarme en una postura en la que no podía estar desde *hacia dos años* (y sin embargo, el día anterior había dicho que al salir de la piscina se había sentada). Fui conducida a la procesión del Santísimo... Estaba sentada en mi co-

che y al pasar Jesús me inclinó, y apenas pasó el Esposo de mi alma (exaltación religiosa) me puse de pie... me puse a andar sin advertir ningún dolor, que se había ido para siempre...

Como se ve la *inmaculada* confiesa que su curación no fué instantánea, sino lenta, gradual...; pero los clérigos de Lourdes repartieron estampas á los peregrinos en las que se decía: «La virgen inmaculada amó á Sor Angélica Moresi, y la salvó instantáneamente».

Este fue el prodigio; pero al poco tiempo el diario *Domani* de Módena escribía: «Sor Angélica ha sido obligada á salir de noche del Hospicio de Spilamberto para que nadie se percatara que el pretendido milagro de la Virgen de Lourdes era un *truco* de los clericales. La pobre víctima que se prestó á esta ridícula comedia ha sido acometida de nuevo y con mayor intensidad de su mal y obligada á partir, habiéndose refugiado en el seno de su familia».

Para mayor garantía, el célebre doctor Carlos Corfini, que había sido el médico de la monja desde que cayó enferma hasta que marchó á Lourdes, en carta publicada en los diarios italianos ha dicho: que el certificado suyo que exhiben los clericales fué dado por él diez meses antes del viaje á Lourdes, y que le ocultaron el fin para qué lo pedían; además, que la monja tenía buen color, se nutría bien y estaba siempre alegre, por lo cual siempre hice yo una reserva acerca de la gravedad de su enfermedad, y estoy convencido de que su aparente curación es sólo un caso común de *histerismo*. De modo que si todos los milagros de Lourdes son del jaez del de Sor Angélica, están lucidos los Padres de la Gruta.

FRAY GERUNDIO

¡Excomulgados!

El Papa ha publicado un documento solemne quejándose de la actitud rebelde de los católicos armenios, que han destituido al Patriarca; declara ilegal la Asamblea nacional; afirma que sus acuerdos no tienen valor jurídico alguno, y lanza la excomunión mayor contra sus miembros, á quienes declara rebeldes y cismáticos.

Esta excomunión alcanza á todos los armenios que no obedezcan al Patriarca, con lo cual lanza fuera de la Iglesia á todos los armenios.

¡Pobrecillos! ¿Qué va á ser de ellos? ¡Excomulgados! ¡Horror!

El cielo les conceda la resignación que á mí me ha dado para soportar pesadumbre tan atroz y vivir tan feliz y tan tranquilo como si tal cosa.

Tengan trato frecuente con la higiene, procuren hacer buenas digestiones, y sea lo que Dios quiera.

Las malas compañías

Se ha puesto en moda perseguir la blasfemia, y algunos republicanos y algunos obreros caen en el lazo que les tendieron los clericales sumándose con ellos.

Un amigo de Cortes (Navarra) me escribe enviándome lo acordado sobre este asunto en Pamplona, y diciéndome lo que debieron haber propuesto en la reunión los obreros y los republicanos: esto:

1º—Después de protestar de que se blasfema, por ser de mal gusto, pedir que se descatalogase á España, porque mientras haya católicos habrá blasfemias.

2º—Suprimir el presupuesto de culto y clero y expulsar las órdenes monásticas, puesto que ni curas ni frailes, pueden evitar que se blasfeme.

Y 3º—Destinar el dinero que unos y otros se comen á la enseñanza, para que la instrucción haga lo que la religión no ha podido hacer en tantos siglos.

No hubiera estado mal realmente; pero lo mejor en estos casos, y en todos, es no aliarse con esa gentuza.

Hay que huir de las malas compañías, empezando por la llamada de Jesús. De ésta especialmente.

Diario de un Goplero

EL MOTÍN

Para D. José Nakens

—¿No te has enterado del choque de Checa?

—No, chico.

—Me choca.

—Si no me lo cuentas, no sé una palabra. Dí, pues; ¡pero abrevial!

—Verás... Es el caso que existe en la iglesia del pueblo una Virgen, á la que veneran (ó bien, veneraban) las gentes.

—¡Arreal Las Vírgenes siempre serán reverendas, ó bien, venerables.

—Verdad. Pero ésta perdió ya el respeto de las feligresas, devotas ó beatas del pueblo de Checa.

—¡Ja, ja!

—No te rías. La cosa es más seria de lo que supones.

—¡Ah! ¿Es grave?

—¡Tremenda!... La Virgen se estaba cayendo de vieja, y el bueno del cura—quizá con la idea de hacer que la imagen rejuveneciera—llamó á un «pintamonas»...

—¡Oh, que irreverencia tan grande la tuya!

—Sí, chico, dispensa. Tu asombro es muy justo. ¡Sé: me ha ido la lengua! ¿Prosigo mi historia?

—Sí, sí; ¡pero abrevial!

—Decía que el cura llamó á un pintamonas...

—Muestras.

—¡Eso es!... Y le dijo: «Te doy dos pesetas, ó tres, si á la imagen bendita de Nuestra Señora la pones lo mismo que nueva.»

—¿Y qué?

—Que pusieron cual no digan dueñas á Nuestra Señora.

—¿Quién, ellos?...

—¡Quiá, ellas!...

—¿A quién te refieres?

—A las feligresas, devotas ó beatas del pueblo de Checa.

—¡Recristol! ¿Qué dices?... ¡Rediós! ¿Que me cuentas?

—¿Rediós y recristo? ¡Pá mí, que blasfemas! ¡También los «tartufos» sos vais de la lengua!... ¿Prosigo mi historia?

—Sí, sí; ¡pero abrevial...

—Pues, nada; que fueron el viernes las viejas y, al ver que la Virgen estaba aún más fea que enantes, armaron la gran trapatiesta. Las unas graznaban: «¡La Virgen no es esa!» Las otras rugían: «¡Que traigan la nuestra!... ¡Qué voces! ¡Qué gritos! ¡Qué bulla! ¡Qué juerga! ¡Qué líol! ¡Qué escándalo! ¡Qué zambra! ¡Qué gresca!... Más no paró en esto su airada protesta, sino que á la imagen bendita de Nuestra Señora le hicieron con unas tijeras la mar de «jabeques», y luego, en la tela de túnica y manto, más siete que en esta gentil cazadora.

—¡Pues sí que está buenal!

—Después la insultaron con unas blasfemias horribles, atroces...

—¡Qué monstruos! ¡Qué fieras!

—Y, en fin, al artista y al cura las viejas querían tirarlos al río de «caeza».

—¡Rediós y recristo con las feligresas! ¡Ay, chico, perdona! Sé: me ha ido la lengua...

Por los interlocutores,
CARLOS MIRANDA

El Liberal.

Donativos al Papa

De aquí á breves días habrá quedado suspendido el piadoso movimiento de peregrinos á Roma hasta el mes de Septiembre, en que se reanudará.

Las cantidades regaladas al Papa por las diversas peregrinaciones suman tres millones y pico de francos; esto sin contar los cuantiosos envíos pecuniarios de América, Alemania y otros países que se reciben constantemente, alguno de los cuales, como el hecho recientemente por un rico americano, asciende á medio millón.

Me explico la gran alegría que experimentarán los millones de católicos que se mueren de hambre, al enterarse de que su amantísimo padre no anda tan mal de fondos como ellos.

LA RELIGION AL ALCANCE DE TODOS

FOR

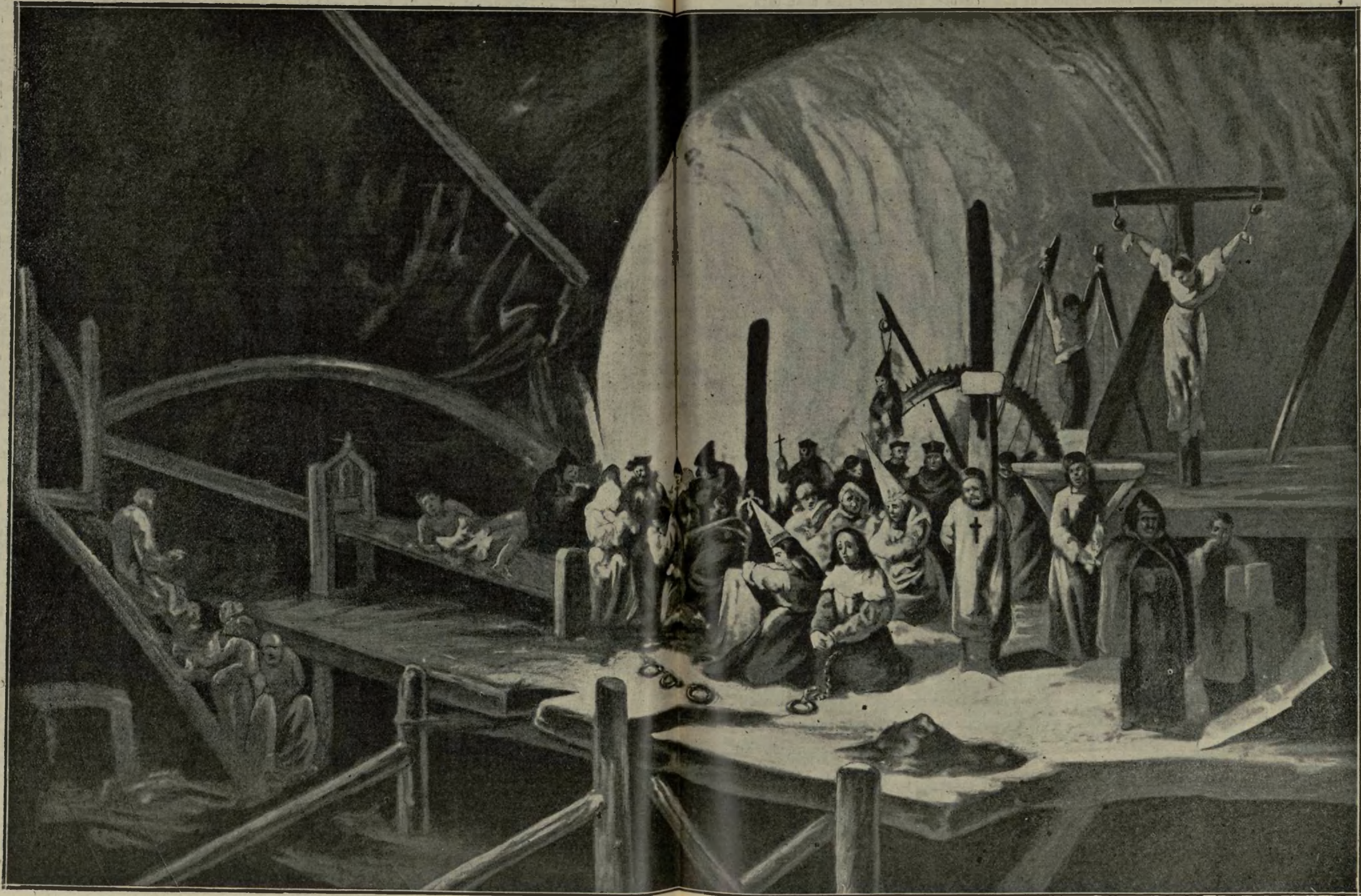
R. H. de Ibarreta

UNA PESETA

LIBROS Á DOS PESETAS

«Cuadros de miseria», «Degradaciones y cobardías», «Cartas y dedicatorias», «Mi paso por la cárcel», «Humorismo anticlerical», «Puñalada de ironías», todas por Nakens.

EL MOTIN



ALEGORIA DE LA INQUISICION.-(Cuadro del célebre pintor Eugenio Lucas.)

Ayuntamiento de Madrid

EL PROTESTANTISMO EN ESPAÑA

Si vieras error á tu hermano, corrígele en secreto...
Si no te hiciera caso á tí, denúncialo al público.
San Pablo, jefe de los protestantes.

De antemano he de explicar una anécdota, con la cual me estarían amañando continuamente los protestantes. Desde el año 1901 he estado estudiando la acción protestante en España: para esto he necesitado conocer sus ideas, comprender sus programas y tratar sus personas.

Trabajé con gran ahínco para encauzar esta acción por el camino que creo redentor del pueblo español y objeto de la misión que se atribuyen sus directores, y aun les ofrecí mi cooperación personal. En 1910 aceptáronla en parte ciertos jefes de cierta misión protestante, en forma de colaborador de una revista suya, en la cual me pagaban veinticinco pesetas mensuales. Con este trabajo simultaneaba mi colaboración en EL MOTIN y en otros periódicos, poco afectos á las cosas protestantes. Permitime desde EL MOTIN censurar la conducta de los protestantes observada en la cuestión «Ferrer»: y los jefes de la evangélica revista, creyendo asestarme una puñalada tremenda y arrancarme una máscara, escribieron secretamente al Sr. Nakens que yo había cobrado aquella fabulosa pensión, como quien dice que era un traidor á Nakens y á los protestantes.

Y si bien Nakens no ha intentado jamás cercenar mi libertad de escribir donde me plazca, ni me interroga sobre ello, es el caso que por eso mismo no tengo secreto para él y sabía muy de antemano lo del famoso sueldo. Con lo cual quedaron en gentil postura de delatorcillos estos evangélicos, que, á medida de lo que pudieron, imitaron á Calvino en la delación secreta contra Servet. Sólo que aquí, los que se delataban de pícaros y de tontos eran ellos.

Queda, pues, ahorrado á los protestantes el trabajo, y estamos todos en nuestro lugar; ellos pagando religiosamente y delatándose evangélicamente; y yo, llevando mi cinismo al punto de contar al público esta vergüenza de necesitar vivir de un trabajo tan ingrato y tan mal pagado.

Pues bien, doce años he estado esforzándome por encauzar la acción protestante española por un camino serio y eficaz, sin haber logrado más resultado que el dicho, y habiendo adquirido convicciones que el bien público reclama se lancen á los cuatro vientos, toda vez que es inútil hablar al oído.

Lo reclama el bien público de España, en donde están causando daños enormes; y lo reclama el bien público extranjero, donde se cree que el protestantismo de acá va á alguna parte, alendo así que no va á ninguna, ni sirve para nada útil, como no sea para coronar la farsa religiosa que está corrompiendo y desmoralizando á España.

En lo que voy á decir no aludo á personas singulares ni excluyo las excepciones: uso el lenguaje general no por ser más molesto para la clase, sino por ser más inofensivo para los parícutos y para que no se crea que vengo á encizajar ese campo.

He tratado los jefes, y me han resultado sacristanes de aldeas; he asistido á sus capillas y me han parecido sus funciones pasatiempos aburridos; he asistido á sus mitines, y, salvo algún jovencito que parece decir lo que sabe, no he encontrado orador que sepa convencer de que sepa lo que dice; he leído sus periódicos, que resultan tan anodinos é insulsos como cualquiera periódico de fraile; he medido su talento, y apenas he hallado quien tenga nociones de los problemas religiosos de nuestro tiempo; he comparado sus tendencias y modo de ser, con el de los protestantes de otros países, y han resultado ser, con pocas salvedades, de lo más retrógrado, gazmoño y adoceñado. Mis luteranos de Lutero los luteranos, que franciscanos de San Francisco sus frailes; más calvinistas de Calvino los calvinistas, que de San Ignacio los jesuitas; y además, para colmo, gentes tímidas y vacilantes, que mejor que apóstoles de una idea parecen monjes dados á la vida contemplativa. Y debe irles muy bien con este sistema, cuando tan conatantes son en proseguirlo.

Llevar cuarenta años de tolerancia absoluta, puestas sus personas y capillas bajo la protección de las Embajadas, y en cuarenta años ¡sería curioso saber los millones que han conseguido y á cuanto les sale cada fiel á la paganos! ¿Qué han logrado en este medio siglo? Sencillamente, desacreditar el protestantismo, que es lo que les interesa á Roma. ¿Cualquiera idea, sin subvenciones oficiales y sin pabellones extranjeros, y sin apóstoles profesionales, ha alcanzado más adeptos y ha herido mejor el alma española. Cualquiera, incluso el espiritismo. Cualquiera maldad religiosa, incluso las órdenes monjiles más necias y estrafalarias.

¿Han sido perseguidos? No. Las molestias que se les han causado han servido mejor de reclamo y de anuncio que de daño. No sólo no han sido perseguidos, sino que han contado con el apoyo constante y omnímodo del pueblo liberal español en la garantía de sus libertades. Han estado, pues, como el pez en el agua.

La Madre de la Reina ha realizado con su presencia las funciones de sus templos: ¿qué partido han sacado de este acontecimiento? Ninguno.

Asistí al último mitin del teatro Barbiéri, en el cual todos los protestantes debían y debieron empeñar su influencia. ¡Nadal! Aquello olía á cementerio. Ni fondo ni forma. Ni ciencia, ni arte.

Desde hace tres años, Ferrandiz y otros amigos los hemos requerido á un cambio de táctica, á una vigorización de la campaña; á modernizar sus procedimientos, á armonizarse con el ambiente nacional y con el tiempo: ¡nada! Las súplicas han sido vanas, si es que no han sido reidas. Se les ha conminado con una campaña de desenmascaramiento, y se han irritado. En repetidas ocasiones Ferrandiz les ha echado chinitas: ¡como si no!

¿Qué creen, pues, los señores protestantes: que vamos á hacer de cada misión suya una nunciatura á la moda romana, dejándoles que ellos disfruten la prebenda eclesiástica de sus ritos, consintiendo que engañen al pueblo español, dándole á entender que no hay más cristos que los suyos y el romano,

y engañando al extranjero, haciéndole creer que están como misioneros en países infieles, sudando el quillo en el trabajo apostólico? Pues están engañados: esto ha de acabar, y ha de acabar porque si el protestantismo en los países católicos no da provecho, causa daño grandísimo.

Y va á acabar otra cosa peor, que los protestantes explotan hábilmente en el extranjero, á saber, el echar la culpa de la infecundidad de sus trabajos á la esterilidad del espíritu popular español. Se ha de acabar este infundio. Ellos son los esterilizadores de un espíritu fecundo; ellos, que en vez de traer gérmenes vitales, no traen mas que inyecciones anestésicas.

Esta calumnia contra el pueblo español, debemos destruirla por patriotismo y por justicia. ¿Qué va á ser esteril para el protestantismo este pueblo, místico de suyo, que se deja arrastrar de cualquiera trápilo religioso? Si viniese á España un apóstol mahometano, conocedor del Corán y hábil expositor, arrastraría las masas á la Meca, y un Lama se las llevaría al Tibet. Y esto por dos razones: una, porque el pueblo español es esencialmente religioso ó si se quiere supersticioso; y otra, porque está harto y empachado de las atrocidades romanas. Pero los protestantes extranjeros han dado en la manía de que el pueblo español es refractario al protestantismo por incapacidad intelectual, por castidad moral y por temperamento. En cuanto á lo primero, yo invito á los sabios protestantes que están en Madrid ó que vengan de fuera, á ventilar estas y otras cuestiones en el Ateneo (si lo ceden), para probarles que los intelectuales españoles no somos burros de reata ni tan faltos de luces que no podamos codearnos con los sabios del Norte ó del Mediodía.

Esta leyenda ha de acabar. El pueblo español es refractario al protestantismo de los que se dicen apóstoles suyos; y de éste, lo es por muchas y muy sobradas razones que hacen antipática, inaceptable y hasta ridícula la propaganda mal llamada evangélica, siendo la primera razón de antipatía esta fatuidad de los misioneros extranjeros que llevan por dentro el *desagado pontificio*; que, cuando menos, debiera vestir de mitra y capisayo que realzaran en el exterior esa personalidad ultra hispana.

Y lo es por otra razón no menor. Esta propaganda, no sólo es extranjera para el país, sino que es extranjera para el tiempo. ¿A qué vienen los protestantes á proponer á los españoles del siglo xx las confesiones y credos protestantes del siglo xvi, que eran ya retrógrados con respecto á las doctrinas de los protestantes españoles del siglo xv? ¿Acaso en las demás naciones donde no quieren sucumbir, no se ven precisos los los protestantes á ir recogiendo sus credos y á servirlos en consonancia con los avances filosóficos del tiempo? ¿Acaso en el protestantismo extranjero no se ha presentado el mismo problema que en el catolicismo, á saber: el liberalismo doctrinal, y el reaccionarismo empoderado, obcecado, rutinario, atávico é ircompitable con las mentalidades jóvenes, por más ligado que esté á las sueldos y títulos de los Jefes consagrados?

Ignoro si los protestantes querrán

entrar en polémica. Quizás a lopten la táctica católica de callarse ante la censura, fingiendo, al exterior, no despreciar lo que desmiente la irritación que se guardan por dentro.

No sé si, en caso de entrar en cuestión, elegirán la maña jesuítica ó la plantearán en el terreno de la honorabilidad polémica.

Hablen ó callen, es hora de cambiar el telón y de poner término á esta comedia; onarenta años de música protestante es ya harta música; y la verdad es esta, amiguitos: que aquí, más bien que de protestantizar á España, parece que se trata de ir disfrutando las *canonías* creadas con aquel pretexto. Que los señores canónigos cobren, está muy bien; pero que canten cuando menos, pues para tener canónigos que cobren y que en vez de cantar loas al cielo, se pasan la vida maliciando la campana y el coro de que viven, para eso no nos hacen falta protestantes alemanes, ingleses ni irlandeses: con hacer un pedido á Roma, el Papa nos remitirá á correo visto y por gruesas los *prelats* y abates que pululan por el Vaticano mendigando el oscuro bendito.

Hay que cambiar el cartel. Hay que acabar el protestantismo *in usum pontificis* que ni hecho en el Vaticano serviría mejor á sus intereses. ¿No saben hacer más? En tal caso, por ineptos deben recoger los trastos estrepitosos y dedicarse á vestir los *signos exteriores*, con cuya concesión Canalejas ha creído pagar sus deudas á la democracia, echando un pipero al gallinero diplomático. Si no se les ocurre más que lo que están haciendo, retírense del escenario: trabajan muy mal. El público se les ha dormido de modo tal, que ni con todas sus charangas logran despertarlo.

¿Saben hacer y no hacen? En tal caso será que *no pueden*, y siendo así hacen mal en ocupar en la trinchera de la lucha una posición que no pueden defender debidamente.

¿Saben y pueden y es que *no quieren*? Pues va á correrse la cortina y vamos á descubrir las intenciones.

Y á ver si con esto logramos despejar ese cuerpo atetargado y ponerle en movimiento.

O herrar ó quitar el banco. Harto saben ellos que no es prurito de sonrojarles, sino necesidad pública perentoria, que diría San Pablo.

S. P. O.

La sociedad presente

Nadie se atreverá á sostener que vivimos en el mejor de los mundos; nadie se arriesgará á afirmar que todo está perfectamente dispuesto. Por el contrario, todos convienen en que la actual organización social es insostenible. Porque á menos de tener un corazón de bronce, ningún hombre puede mirar con desdén el dolor de sus semejantes.

Cuando nos dicen que hay seres que, mediante un salario miserable, trabajan doce horas en las entrañas de la tierra y agonizan y sufren, para extraer el carbón que pone en movimiento nuestras máquinas y alimenta el vientre rojo de nuestras cocinas;

Cuando sabemos que el hambre, vencedora de todos los escrúpulos, obliga á una legión de madres infelices á abandonar á su prole, á dejar de alimentar personalmente á sus propios hijos, para ir á engordar con su sangre á los hijos de los favorecidos de la suerte;

Cuando sabemos que la inmensa mayoría de los hombres vive, sufre, trabaja, da la sav a toda de su cuerpo y de su espíritu, para que una pequeña minoría pueda gozar y triunfar en la abundancia.

Cuando comprendemos que mil atávicas supersticiones filosóficas, políticas y sociales retienen á la casi totalidad de los seres humanos en un estado inferior, atados á cosas cuyo valor es convencional y ficticio, llenos de vanidades, de odios, de desconfianzas y de ambiciones absurdas;

Cuando evidenciamos que en pleno siglo xx hay todavía gentes que perecen de hambre y de frío, mujeres desamparadas y afligidas que van á la cárcel por haber robado un pan para alimentar á sus pequeños, y niños abandonados y llorosos que vagan sin hogar, á la ventura, solicitados por todas las tentaciones del crimen;

Cuando palpamos el montón de miseria, de lodo, de lágrimas y de injusticia que ha amontonado en torno nuestro el feroz egoísmo de los detentadores de la propiedad, es imposible contener un grito de indignación y dejar de formular una protesta.

No, no; la sociedad no estará bien organizada mientras haya gentes que sufran para que otros gocen, mientras haya quien carezca de lo indispensable y se vea obligado á vender su vigor por un mendrugo.

La sociedad no estará bien organizada mientras existan todas las trabas que hoy impiden el libre desenvolvimiento del ser humano, mientras la mujer sea una esclava y el obrero una bestia de labor.

La sociedad no estará bien organizada mientras unos ayunen para que otros se atisguen de manjares, mientras las gentes estén divididas en dos clases: una que vive para consumir y divertirse y otra para trabajar, una que no crea nada y disfruta de todo y otra que lo produce todo y no disfruta de nada.

MANUEL UGARTE

El Vaticano

Un periódico romano, órgano del Vaticano, publica la siguiente nota de los gastos é ingresos del *santo* palacio:

«Activo: Propiedades en Italia y en el extranjero, 875.000 francos; acciones y títulos de renta, seis millones de francos; presentes y donativos, 500 mil francos; jóbolo de San Pedro, catorce millonesl

Total: veintinueve millones trescientos setenta y cinco mil francos.

Dispensas: Para la basílica de San Pedro, seiscientos mil francos; para la biblioteca y museo, 1.250.000; vencimientos de los cardenales y dignatarios, 3.970.000 francos.

Total de gastos generales, 9.940.000 francos.

Saldo activo: 11.435.000 francos.

Como se ve es una de las mejores empresas comerciales del mundo el catolicismo, famosa «Sociedad para la explotación».

Y todo, como dice Guerra Junqueiro, comenzó con 30 dineros apenas! ¡Admirable ejemplo de economía y buena administración!

LAS COSTUMBRES DEL CLERO

El fraile franciscano Tomás, y De Olivier Maillard, dos santos y ortodoxos eclesiásticos de los tiempos en que Lutero lanzó el grito de alarma contra la Corte de Roma, dan idea exacta de las costumbres del clero y de la indignación que sentían los hombres virtuosos:

«¿Hasta cuándo nos escandalizarán, sacerdotes indignos, vuestros incestos y adulterios?», gritaba el fraile Tomás en el púlpito de la catedral de Burdeos; «¿cuán lo cesaréis de llenar vuestro estómago con pollos y vinos generosos? ¿Cuándo cesaréis de robar el dinero á los pobres de espíritu, de tener vuestras mancebas en el lecho, las mulas en el establo, todo por gracia de un crucifijo y por haberos tomado la molestia de decir: *Domineus vobiscum*?»

«No ignoro que me contestaréis que os importa poco que los infelices calgan muertos de hambre á vuestras puertas; esto, sin embargo, ¿no os avergonzáis por vender los sacramentos y devorar los bienes de las viudas y los huérfanos con el pretexto de alimentar las almas del purgatorio! Maldición sobre vosotros, ministros de Satan, que seducís las doncellas y las mujeres casadas, y que averiguáis en la confesión los medios para arrastrarlas al pecado! Maldición sobre vosotros, curas de Lucifer, que osáis utilizar el ascendiente que os da vuestro carácter sobre espíritus sencillos para iniciar los adolescentes en voluptuosidades asquerosas! Vergüenza para vosotros, que convertís vuestras parroquias en casas de prostitución y de infamia, y donde educáis los niños y doncellas conforme á vuestro gusto! Vergüenza para vosotros, que reveáis á vuestros amigos los misterios de estos nuevos serrillos, y que os llenáis con ellos de vinos, de manjares y lujuria! No he oído yo mismo cómo el cura Jacobo se alababa ante unos infames eclesiásticos de jugar, de votar, de beber y de fornicar mejor que ninguno de ellos?»

Maillard, que había sido predicador de Luis XI, tronaba aún con mayor energía contra los desórdenes de los clérigos:

«Veo, decís, abades, sacerdotes, fra-

«les y hasta prelados que acunmlan tesoros sobre tesoros, reúnen prebendas y beneficios y esquilmán á los cristianos como tundidores de lana. Veo cómo la sotana, el sayal y el palio entran de día y de noche en los lupanares, á fin de entregarse al escándalo. Canónigos y clérigos que ocupan elevados puestos, dirigen por sí mismos estas casas de prostitución; en ellas venden vinos y reparten la ganancia con las mujeres de vida airada. Veo á otros que se pasean con insolencia disfrazados de militares, ó bien que se visten como pisaverdes con la barba á la moda y dando el brazo á prostitutas. Conozco un obispo que todas las noches se hace servir la cena por jóvenes enteramente desnudas, que son ó no son vírgenes, para que se le abra el apetito; sé de otro que tiene un serrallo de niñas de poca edad á las que llama prostitutas en ciernes; y cuando este prelado necesita de ellas para sus vergonzosas voluptuosidades, hace sonar su bolsa llena de oro, á cuyo rumor se atrae este rebaño.

«Esto no obstante, por abominable que sea, existen aun otras infamias. Los obispos no dan los beneficios vacantes sino por medio de las mujeres, es decir, cuando la madre, las hermanas, las primas y las sobrinas han pagado su precio con la honra.

«Decid, obispos y sacerdotes inícos; por ventura el Evangelio dice: ¡Bienaventurados los simoníacos! ¡bienaventurados los concubinarios! ¡bienaventurados los borrachos y los sostenedores de prostitutas! ¡bienaventurados los complacientes que ganan las órdenes prestando repugnantes servicios! ¡Id al diablo, infames! A la hora de vuestra muerte os aréis presentaros ante Jesucristo ébríos por el vino, y teniendo en las manos el oro que robasteis, y dando el brazo á las prostitutas que sostuvisteis, á vuestras orfandas y mancebas, á vuestras sobrinas, que con frecuencia son vuestras bastardas y vuestras concubinas, á las dorcelias cuyo dote hacéis ganar con vuestra impureza, á las madres de las que comprasteis la virginidad de sus hijas. ¡Id al diablo, legiones de pícaros y bandidos!

«No ignoro que al censurar vuestros crímenes, corro el peligro de morir asesinado, conforme ha sucedido á los que han intentado reformar los cámbidos y monasterios; pero el miedo á vuestros puñales no encadenará mi lengua y no detendrá los impulsos de mi indignación; yo diré toda la verdad. Presentáos, pues, mujeres que abandonáis vuestro cuerpo á los militares, á los frailes, á los sacerdotes y á los obispos. Presentáos, vorotras las que os adornáis con cadenas y trajes de larga cola, y que decís cuando cenáis vuestro lujo: «Padre mío, hemos visto otras mujeres mucho mejor vestidas que nosotras y no son más ricas ni más nobles. Por lo demás, cuando no tenemos dinero, los prelados nos dan el que hemos ganado con el sudor de nuestro cuerpo.

«Presentáos, borrachas, ladronas, sacerdotisas de Venus, que os atrevéis á decir: «Si un sacerdote me da un niño, yo no seré la única.

«Presentáos, morjas y beatas que pobéis las iglesias y monasterios con cadáveres de niños recién nacidos.

«¿Qué de espantosas acusaciones oíríamos si todos estos niños, lanzados á las cloacas ó los pozos, pudiesen nombrar sus verdugos ó sus padres! ¡Acaso la lluvia de fuego que devoró en otro tiempo las ciudades de Sodoma y Gomorra no caería sobre estos conventos? ¡Acaso todos estos sacerdotes y obispos no quedarían abismados como Core, Dathan y Abiron? ¡Sí, hermanos míos, se acerca el tiempo en que Dios castigará este enjambre de perezosos, de borrachos, de viciosos, de cortesanos, de ladrones y de homicidas!»

Estos rasgos oratorios nos manifiestan el estado en que estaba la elocuencia sagrada en aquel tiempo, y nos prueban que los oradores tenían que emplear necesariamente un lenguaje en armonía con la ilustración de sus oyentes.

Y para terminar por hoy, á continuación va la carta que el Papa Adriano VI entregó á su legado, Francisco Meragato, obispo de Teramo, al enviarlo á la Dieta de Nuremberg, convocada por Fernando de Austria para el último día de Noviembre de 1552:

«Deploro como vosotros, hermanos míos, la difícil situación á que nos han llevado los crímenes del clero y la corrupción de las costumbres de los Pontífices romanos. La confusión que reina en la Iglesia no es debida más que á la disolución de los eclesiásticos; pues desde hace algunos años no se encuentran más que abusos, excesos y abominaciones en la administración de las cosas espirituales; el contagio ha pasado desde la cabeza á los miembros, desde los Pontífices á los prelados, desde éstos á los simples clérigos y frailes; de suerte, que fuera muy difícil encontrar un sólo sacerdote que estuviera exento de simonía, de robo, de adulterio y de sodomía. Esto, sin embargo, con la ayuda de Dios, yo espero reformar la corte de Roma; yo me obligo solemnemente á ello. Pero el mal es tan grande que no puedo andar sino paso á paso en la vía de la curación.»

Martínez Fontenla (1)

La ilustre virilidad libertadora de los Ruiz Pons, de los Demínguez, de los Chaos, de los Ramón Veres, de los Moreno Barcia, de los Ojea y de los Villas, hubiera terminado aquí, si no fuera por éste su legítimo heredero.

La muy infausta suerte del malogrado poeta García Vao arrancó á su literaria pluma cariñosa condolencia.

Le conocí de joven, con su precoz gravedad y con su tipo moreno varonilmente hermoso.

Desde entonces no le volví á ver, pero estoy siempre á la mira de sus políticos pasos, porque me interesan como propios.

El ya no se acordaba de este su vetusto amigo relegado en el fondo de una aldea, desde la cual hace muy ferrientes votos por verle muy pronto mi-

(1) De mi libro inédito que se titula: «De Galicia y Portugal».

nistro de Gracia y Justicia para humanizar el Código penal escrito para domar tigres y para despentalizar los foros y los latifundios, cuya perversidad laberíntica en los unos y cuya explotación brutal en los otros, es un medioeval resurgir horroroso.

Con muy veraz acuerdo opina que el regionalismo es obra aquí de cuatro ilusos y es además un carácter muy entero, en un país en donde las rebeliones de los que aguantan el látigo caquili deben, sin duda, ocultarse en los apocados crecimientos de los que emigran en masa, porque no hay vista de Argos que las vea.

La Solidaridad, que vino á la Coruña en son de carco-republicano hazme-reir, fué tratada por él con el desprecio que merecía.

A raíz del tan estupendo centenario de la guerra de la Independencia, afirmó audazmente en un *meeting* de esta muy certera guisa: «yo soy partidario de la invasión francesa porque nos trajo aquí vientos de libertad».

¡Ya se ceguera la de los campesinos de su circunscripción, no elegirle diputado!

Veritas

J. DE LA HERMIDA

En Lérida se ha constituido una sociedad de Estropajosas, titulada *La Modestia Cristiana*, para combatir el lujo. La preside el obispo, y diz que para predicar con el ejemplo, ha vendido todos sus capisayos de gran precio, dedicando su producto á socorrer á los pobres.

En secreto: esta última parte no es verdad, pero debería serlo.

La Inquisición y los mártires

Los frailes para excusar los crímenes de la Iglesia al hablar de la Inquisición, dicen: «El orden social era tan fundamentalmente católico, que toda protesta contra la autoridad de la Iglesia, era un verdadero acto de insurrección política; por eso el ser ateo era ser conspirador; renegar de la Iglesia, era renegar de la patria.»

El sofisma es patente, porque la Iglesia, por ejemplo, no sería responsable hoy que en Inglaterra se condenase á muerte á un criminal, porque su rol se reduce al estrecho campo del templo católico y de sus contados creyentes en aquella nación. Empero querer lavar las manos cuando la Iglesia dominaba al mundo, nombraba y depenía reyes, cuando era la única legisladora y en su mano se concentraba el sumum del poder, es querer negar la verdad, es querer hacer responsable al poder civil de los crímenes de ella.

La misión del sacerdote en aquellos tiempos era directiva en todo. Los reyes no eran frailes, pero reconocían como rey de los reyes al Papa, quien les ponía como directores espirituales á sacerdotes de confianza á los cuales debían obedecer. El rey que desconocía una orden del Papa venía destronado. Los reyes, pues, eran simplemente instrumentos en mano de la iglesia.

La soldadesca de aquella época no

eran sacerdotes, pero de los sacerdotes dependían; y como los reyes eran la cabeza ostensible y dirigente, la soldadesca era el brazo que necesitaba la Iglesia para arrasar ciudades rebeldes e imponer su voluntad. Si los soldados realizaron las Cruzadas y ensangrentaron los pueblos con las guerras de religión, éstas y aquéllas fueron predicadas, impuestas y dirigidas, cuando no encabezadas por la Iglesia y sus sacerdotes.

Las pocas y reducidas bibliotecas, escuelas, universidades de las cuales salieron hombres cuya ciencia estaba esclavizada al dogma sufrieron la influencia del clero, que al gobernarlo todo destruyó los libros y manuscritos que no le convenían, prohibió y excomulgó obras grandiosas que eran otros tantos pasos en la senda de la verdad; la Iglesia no quería que se pronunciase una sola palabra de duda, y en el loco paroxismo del que ve que, a pesar de todo la verdad avanza, entregaba a los tribunales los llamados herejes.

Los tribunales de la Inquisición estaban formados por sacerdotes, por sacerdotes estaban hechas las leyes y a los sacerdotes obedecían los hombres civiles que ocupaban puestos públicos.

Ya que la Iglesia dice que a ella se debe lo bueno que hubo en la Edad Media ¿por qué reniega de lo que ella hizo y que en verdad se le debe? Tenga a lo menos la altivez de sus fechorías. No sienta remordimientos.

Si es perdonable que por las pasiones que ciegan puedan los soldados de un ejército o las muchedumbres ser crueles e injustas, no cabe que los apóstoles de la religión que tiene como única misión en la tierra, según ellos, predicar la moral, la bondad y la paz, se vuelvan apóstoles de la maldad y del crimen. ¿Con qué derecho se quejan de que los paganos condenaran al martirio a los primeros cristianos que minaban, en verdad, las leyes y las instituciones de aquellos tiempos? ¿Con qué derecho se quejan de que algunos pueblos de Asia y Africa, cansados de la obra de los misioneros que van a dividirlos y a preparar la dominación de las civilizadas naciones europeas, venguen en uno o más misioneros los atropellos de que son víctimas? Con la agravante que la Iglesia en la Edad Media era la dueña de todos, y los llamados herejes no podíanse calcular ni el uno por mil. Más aún: exceptuados unos cuantos hombres de ciencia que con sus descubrimientos herían al dogma, la inmensa mayoría de los condenados eran culpables de herejías nimias.

Obligar por medio de la tortura a confesar pecados imaginarios, es digno únicamente de la Iglesia cristiana. Cito como ejemplo el del caballero La Barre, quien, a pesar de la tortura, negó haber roto una cruz, reconociendo únicamente haber cantado unas coplas que la Iglesia consideró licenciosas, y por este delito fué quemado vivo después de la tortura.

¿Quién, sino a la Iglesia, hoy tan mansa porque no tiene uñas, se le ocurre sostener que es hacer propaganda de paz y perdón torturar y quemar a las infelices mujeres porque otras habían denunciado como brujas?

Volvemos a repetirlo: tenga a lo me-

nos la Iglesia la dignidad de sus crímenes.

FRANCISCO GICCA

Buenos Aires.

Casamiento de un cura

Se realizó el día 8 en Ligares (Portugal) el casamiento del rev. Joao Manuel Gonçalves, antiguo misionero en Timor, y actua mente párroco de aquella feligresía, con la señorita Urminda Josefa Luis.

Realizada la ceremonia civil con toda solemnidad, Joao Manuel Gonçalves en un breve discurso, manifestó su profundo reconocimiento a todos los que se dignaron asistir a aquel acto que, «lejos de ser de irreligiosidad, era de escelsa moralidad».

Hizo luego varias consideraciones sobre lo que es el celibato, exponiendo «que éste es una ignominia y un atentado contra la dignidad humana, la propia naturaleza y la sagrada escritura; y, sobre todo, que es ridículo por lo ineficaz, pues nunca consiguió ni conseguirá su fin, de que el cura viva castamente, y presentóse él como ejemplo, comparando su actitud con la de los sacerdotes de la diócesis de Baganza, los cuales tienen mujeres, más o menos escandalosamente, a despecho de las leyes prohibitivas de la Iglesia, no preocupándose esos padres de abandonar en la miseria y hasta en la senda del crimen a sus hijos, fruto de esas ocultas manebías».

Cada vez que ocurre un caso de estos, los curas y los frailes dicen que lo ha determinado la pasión de la carne.

¡Picarillos! Ya saben ellos que no. Para satisfacer la pasión esa, hay otros caminos mejores.

El que habría seguido yo, de ser cura, allá en aquellos tiempos en que aun podía demostrar prácticamente que yo admiraba a Dios en su obra más perfecta: la última de la serie; es decir, la mujer.

Por esto, cada vez que me entero de que un cura se casa, me digo:

«Ese... ó es casto, ó es tonto.»

Contrastes

Van las peregrinaciones al Pilar a ofrecer joyas y monedas a la Virgen; enseguida se celebran actos religiosos y se visten los sacerdotes con sus mejores galas, los altares son llenados de luces y las imágenes ataviadas con telas de seda.

¡Hermoso cuadro de fe! La riqueza lo cubre todo.

La orquesta entona músicas celestiales, los peregrinos cantan y la Virgen calla, tal vez orgullosa de su poder y de sus riquezas.

El Prelado de pontifical eleva el cáliz sobre lo alto de su cabeza; allí donde está la sargre del Redentor todos dirigen sus miradas y postrados de rodillas, rezan.

Las joyas siguen relumbrando. Todo es grandeza, todo soberbia y todo egoísmo en nombre de Cristo que vivió pobre y prohibió tener riquezas y hono-

res a sus apóstoles y representantes en la tierra.

Fuera del templo piden limosna un centenar de pobres de aquellos que Jesús ben hijo. Allí se ven niños, ángeles de la tierra, desarraigados y hambrientos; allí se ven ancianos impedidos y ciegos sin apoyo y sin lecho.

Pero más allá, en aquellas calles miseriosas, en aquellos barrios desiertos y en aquellas lóbregas casuchas, lloran las miserias de una desastrosa vida mujeres abandonadas por la sociedad; esas mujeres débiles también rezan; pero sus oraciones no son oídas y desesperadamente lloran el porvenir horrible que les espera.

¡Miseria, llanto por doquier!

¿Quién redimirá a esos seres desgraciados? ¿Quién los auxiliará?

Venid, obispos, arzobispos y cardenales; venid, peregrinos en peregrinación; venid, cristianos, y mirad. Mirad a esos seres hambrientos y agonizantes, mirad el dolor y la esclavitud.

Hay dolores, hay llantos y miserias que pueden remediarse vendiendo para ello esas joyas, esas reliquias y esos trajes con que obsequiáis al ídolo que no siente ni sufre como los humanos.

S. G.

El Pueblo, (Huesca).

HEREJIAS

Declina la tarde. El sol, el portentoso sol que ha quemado la piel de mis manos, rojo y sin resplandores ya, parece apoyarse en la mesa del monte lejano, y su gran disco, semejante—idéntico en color y en tamaño para mis ojos admirativos—á la gran bomba de cristal, asombro de los muchachos, que lucía en el escaparate de la botica de mi pueblo, me trae á la memoria horas de mi niñez y á los labios la sonrisa triste de los recuerdos gratos, nimios y borrosos.

Camina el caballo lento y cansino; la vereda, trazada por cascos y pezuñas á través de los surcos sin semillas y secos, llega hasta unas chumberas; por entre ellas, algo pequeño y oscuro se mueve; curioso, avanzo. Un niño, un chiquitín de tres años, robusto como pintado (naturalmente!) angelito del cielo, siéndolo él de la tierra, corre desnudito, desnudito como los ángeles del cielo, á ocultarse en una choza.

¿Choza dije?... Describámosla por si no fuere choza, descripción fácil y breve, porque palacio no es. Dos palos grandes clavados en tierra perpendiculares á ésta; sus extremos unidos por otro palo, no muy largo; sobre él un lienzo blanco, ó que lo fué, bajando en diagonales, inversas una de otra, hasta el suelo y sujeto á éste con piedras. Y nada más.

En este palacio que yo, espléndido en todo, hasta en las descripciones de chozas, clasifico como tal, hay una mujer sentada; esa mujer recibe en sus brazos al pequeñuelo asustado por mi presencia.

Saludo; me informo si es bueno el camino, y ya para despedirme, interrogo, compasivo:

—¿Y cómo tiene usted completamente desnuda á esa criaturita?

La mujer se levanta dirigiéndose á mí, y mientras anda, contesta:

—¡Ah, señor! Vea usted: salgan, hijitos; son cinco, señor. Lo que ganamos no alcanza para el maíz ¿cómo he de comprarles ni un trapito para cubrirlos? Salgan, hijitos, salgan.

Los de «adentro»—que siempre están fuera—«salen» recelosos y tardos; dos niños más, también desnudos por completo, y dos niñas que, instintivamente pudorosas, al se cubren con unos guñapos sujetos por sus manos cruzadas sobre el pecho.

La mujer sigue hablando; en su voz hay llanto y en su boca amable sonrisa de esclava.

—Los hombres, mi marido y un hijo grande, ganan poco, señor: cinco pesetas al mes; son pastores, y cuando el lobo señala al borrego, tenemos que pagarlo, y lo cobran muy caro... El domingo no comieron mis criaturas; cuando pasa algún señor por aquí, ganas me dan de pedir una limosna para mis hijos; pero no me atrevo... Ya he mecido pedido en la tienda de la hacienda tantita tela para cubrirnos las carnes, pero no nos dan nada; debemos mucho.

Ante la soledad del liso y la melancolía del crepúsculo, tanta miseria, tanto dolor y tanto abandono, parecieran más grandes si no fueran inmensos.

—¡Ah, señor!—planea por fin la madre.—¿No quisiera usted llevarnos donde no pasáramos tanta necesidad?

—Señora—replico,—yo no soy hacendado; ni siquiera «ranchero». No tengo más que mi trabajo, mejor pago que el de ustedes; pero aunque verdaderamente aquí no hay abundancia, el niño está gordito.

—Porque Dios, nuestro Señor, es bueno.

La respuesta, absurda, incongruente en la ocasión, me inspira mal disimulada indignación, contra los de arriba, que moran detrás de las estrellas, y contra los de abajo, que habitan palacios tan soberbios que á todo resisten, meros á la dinamita; doy á aquellos pobres niños mucho menos de lo que podía y debía darles, pero debe ser tanto para lo que otros que pueden dejan de dar, que la madre martir los obliga á besarme la mano—(cosa que permití para imitar una vez á los obispos—Dios me lo perdone—y con la que he comprendido el por qué del gran tamaño de los «pectorales», job, escrupulosos psíquidermos merados!)—y con menos lágrimas en la voz y menos ser vilismo en la sonrisa que antes, dice mirándome fijamente y derrochando candidez y fe:

—¿Quién sabe, señor, si será usted nuestro mismo Señor Jesucristo, que se nos aparece para darnos ánimos?... Trata de postrarse á mis pies, y presuroso lo evito.

Mucha es mi indignación y grande mi pena, pero no puedo contener la risa, seguro de que si Cristo no nos hubiera redimido ya y volviera á la tierra para redimirnos, no tomaría una figura humana tan poco simpática como la mía. Sin embargo, si la irreverencia no fuera manifestada, me atrevería á asegurar que Cristo y yo tenemos un sentimiento común, dirigido especialmente á las mismas colectividades: el amor

hacia los ricos y hacia los frailes (valga el neologismo).

El disco rojo del astro rey ha desaparecido detrás del cerro; prosigo mi camino; en la penumbra, el campo se me anto a cementerio con chumberas por cruces; en mi pecho, oprímido por la angustia, se estrema mi corazón, sacudido por la ira furiosa de la impotencia.

No debemos dudar de que llegará la aurora; pero la noche es larga, muy larga; demasiado larga para esos niños sin pan ni camisa...

MANUEL VINUESA

México, Mayo de 1912.

Gu^{est}ión de gustos

Por estafa, y por atribuirse para realzarla el título de duque de Baena, comparció en la Sección segunda el sacerdote D. Román Plaza.

Este compró á una señora un solar en el barrio de Salamanca; mandó desmontar el terreno; no pagó el desmonte ni el valor de la compra, y por toda explicación dijo en el juicio que obró en representación del duque y que no se había lucrado en el negocio.

Ignoro si ha sido absuelto ó condenado. Preferiría lo primero.

Los curas que especulan con valores terrenales, me gustan más, aunque no lo hagan en forma muy correcta, que los que especulan con bienes celestiales.

Cuestión de gustos.

¡Pobre Francia!

El Sr. Menager, vecino del pueblecito de La Martinais (Francia), era republicano y cristiano, duplicidad muy común aunque incomprensible, y educaba una hija suya en una escuela laica.

Púsose enfermo de gravedad y llamó al cura Huguet, párroco de Saint Dolas, quien se negó á sacramentarlo si no le prometía trasladar la niña á una escuela cristiana.

El señor Menager no pudo responder palabra, pero su esposa intervino, diciendo: «No sacaremos á nuestra hija de la escuela laica. Está tan bien como en cualquier otro sitio.

—Desgraciada!—respondió iracundo el vicario. ¿No sabe usted que la escuela laica es la escuela del diablo; que las maestras de allí enseñan cosas abominables? Mándela usted á la escuela cristiana y allí le enseñarán á querer al buen Dios.

—Ya le he dicho á usted—repuso con firmeza la madre—que no la sacaremos. Estoy segura de que no ha aprendido allí nada malo.

—Entonces—vomité con rabia el cura—no le doy los sacramentos á su esposo... Pero sea usted razonable. Lleven la niña á la escuela cristiana. No les costará un céntimo; la vestirán, le darán de comer, la instruirán, y gratis. ¿Qué más quiere usted?

—Quiero no tener que deberle nada á usted ni á nadie. Además, la escuela laica es también gratuita. Si me cos

tara algo, no teniendo, como no tenemos, dinero...

—¿No tienen dinero, eh? ¡Bien lo tienen para emborracharse!

Al oír el insulto, la mujer, que es modelo de esposas y de madres, no pudo contenerse, y precipitándose sobre el grosero sacerdote, lo abofeteó con todas sus fuerzas.

El señor Mensger hizo un esfuerzo, incorporóse sobre su lecho de muerte y gritó:

—¡Echalo á la calle! ¡Echalo!...

A los gritos acudieron los vecinos más próximos, encontrándose en la puerta con el vicario, que salía con la sotana rota y la cara roja como un pimiento, pretendiendo que le llevarán en coche á Saint Dolsy. Nadie le hizo caso.

...

Corrió la noticia, acudió mucha gente, é invitaron al vicario á que se fuera, mientras él seguía gritando: «¡Tengo derecho á que me lleven en coche!». Y tanto y tanto los molestó con esta cantata, que por fin le contestaron: «¿Con que coche? ¡Pues allí va!». Y se avalanzaron sobre él, hasta que escapó á galope tendido en dirección á Saint Dolsy.

Momentos después, el señor Menager moría en brazos de su esposa y de su hija.

Al día siguiente se verificó el entierro, al que asistió todo el pueblo y gran número de republicanos de los pueblos vecinos.

Un solo sacerdote acompañó el cadáver, y llegado á la iglesia lo bendijo, negándose á otra ceremonia, porque, según él, M. Menager había muerto en pecado, y añadiendo: «Tampoco podemos celebrar ni una misa ni decirle un solo responso».

El acompañamiento se dispuso á contestar, pero el cura cerró á escape la puerta de la iglesia.

Contra ésta cayeron algunas piedras.

Los habitantes del Morbihan han formulado ante el Estado su más enérgica protesta por el atropello, sumándose á ellos los del cantón de Roche-Bernard, quienes se han dirigido á su diputado M. Brard, para que apoye el proyecto de ley que asegure el porvenir de la Enseñanza laica en el sentido expuesto y para que exponga en la Cámara el hecho sucedido en La Martinais.

La agitación librepensadora provocada en todo el país por este hecho, es enorme.

Desgraciados países los que, como Francia, tienen un clero intransigente y fanático, que da con su conducta lugar á sucesos tan lamentables.

Y felices los que, como España, tienen la gran fortuna de poseer un clero cuya menor virtud es la tolerancia, y que salvo desenterrar cadáveres, negar sacramentos, insultar á los gobiernos desde el púlpito, y á los particulares, intervenir en las elecciones, y echarse al campo en las guerras civiles, es un modelo perfecto de caridad y mansedumbre evangélicas.

Seremos desgraciados en otras cosas, pero lo que en esta...

Mas que en ninguna, dicho sea sin alabarnos.

El carácter

Un periódico ofrece un millón de francos al que, en el improrrogable término de un año presente una cebra de listas azules. Leen el anuncio un inglés, un alemán, un español y un francés.

El inglés, no bien lee el anuncio, se pone un cuello postizo, llena sus bolsillos de dinero, toma una maleta, y se embarca para las costas de Africa.

El alemán se sienta delante de su escritorio, abre un mapa de Africa, pide un tratado de Historia Natural y diferentes obras de consulta, manda comprar una brújula, un barómetro, un teodolito, un microscopio, un telescopio, un compás, un diccionario, una biblia, una enciclopedia y un revolver, proponiéndose embarcar á la mañana siguiente.

El español sonríe pensando para sí: «El millón es para mí, pero tengo once meses por delante: me embarcaré de aquí á diez meses.» Y enciende un cigarrillo.

Por su parte el francés compra una burra, le pone listas azules y la transforma en cebra.

K.

Croniquilla religiosa

A mis caros y amados lectores: Como quiera que por cualquier campo que atraviése encontre dudas, mi deber es el de hacerme acreedor, por lo que á lo religioso atañe, al pseudónimo de «Fray Verdades», que ostento con orgullo desde que mi bendita madre me lanzó al mundo como fruto de bendición...

Una de las dudas que quiero aclarar, es la de si el sacerdote secular hace o no voto de «Castidad».

Algunos creen que sí y lo afirman. Yo, convencido de lo contrario, lo niego rotundamente, pues no hay tal... El sacerdote secular, vulgarmente, «cura», cede ese honor á los «Reverendos frailes» que obstan—ab initio—ese título para llegar más tarde á la realidad de «Padres».

El llamado «Cura», sólo guarda, si puede, el llamado «Celibato», que no es otra cosa que una prohibición de la Iglesia, por la que el «Sacerdote secular» no puede casarse; debe vivir en santa continencia y jamás debe dejar su vida de «solterón».

Esta ley, por regla general, la dan los más viejos de la Iglesia: los papas, etcétera etc., por aquello de «Sangre y exorcismo haya por doquier; si yo no siento nada, que nadie sienta más...»

El «voto de castidad» sólo lo hacen el fraile y la monja, votando cada cual en su correspondiente urna.

Por eso cuando me dicen que tal ó cual «curita» tiene relaciones amorosas con tal ó cual «moca» del pueblo... lo apruebo. Sí, lo apruebo. La ley natural (según la Iglesia) es «emanación»

de la ley «Eterna»; y la ley «Eterna» está sobre toda ley...

Por lo tanto, el «sacerdote secular», siguiendo la ley «natural» en este caso, cumple con su deber independientemente de la ley «eclesiástica y civil».

Por otra parte (según esa misma Iglesia), el hombre no es propietario de su cuerpo, sino solamente usufructuario; consiguientemente ha de dar estricta cuenta á Dios del buen ó mal uso que haga de él.

Si el Señor le ha entregado cinco talentos, que dice el Evangelio, cinco le ha de devolver, y si puede duplicarlos, mucho mejor; aumenta su gloria...

«Domine, quinque talenta tradidisti mihi: ecce, alia quinque superlucra tuis sum.» «Señor, me diste cinco talentos y con ellos á fuerza de trabajo, no sólo los he duplicado, sino que de pitanza traigo dos más, que hacen doce. Aquí los tenéis, Señor; doce Pesos, doce Benjamines, como los del anciano Jacob...»

¿Qué contestará á este buen sacerdote el Dios de Israel? Pues, sencillamente: «Euge, serve bone et fidelis». Levántate, siervo bueno y fiel, y por cuanto has cumplido con mis preceptos... «Intra in gaudium Domini tui». «Entra en el gozo de tu Señor».

Esta será, ni más ni menos, la contestación que dará á ese «curita» el autor de la Naturaleza.

Ahora bien, como las leyes de la Iglesia son leyes del Estado en España, resulta que los responsables de que muchos sacerdotes no cumplan con la ley natural, son, «ante Dios», el Papa y los obispos, que dan leyes «contra natura», y los Gobiernos que las aprueban...

Y, ¡desgraciado del sacerdote que cae en un delito tan natural! Por lo menos le espera la cárcel ó el convento; menos mal si ese convento fuese de monjas, que también piden como las ranas un rey, pero por desgracia es convento de frailes empecatados en su pureza...

El único castigo que yo daría á ese curita sería el mantener al hijo y á la madre.

Y, sobre todo, ¿queréis saber dónde está la solución del caso? Pues, ni más ni menos, que en el antiguo fuero vasco, que dice textualmente:

«Cada curita tendrá dos «barraganas» para así no molestar á las filias de los suyos vecinos.»

FRAY VERDADES

El Intransigente, (Barcelona).

Pensó casarse un gitano por la Iglesia, y fué á preguntarle al cura qué se necesitaba para eso.

El párroco, como es natural, comenzó por el examen de Doctrina Cristiana en la forma siguiente:

—Dime, hijo mío, ¿quién es Dios?

—No lo sé, señor.

—¿Será posible, criatura? ¿No sabes quién es Dios? ¿Quién crees tú que hizo el mundo?

—¿Quién lo había de jase más que el gobierno, que es quien jase tó lo malo?

—Dime: ¿recuerdas algo de la muerte y pasión de Nuestro Señor Jesucristo?

—Ni siquiera sé que haya estao enfermo.

—Según eso, ¿no has aprendidola Doctrina Cristiana?

(El cañí calla como un muerto).

—¿No sabes ni el Padre nuestro?

—No señor.

—¡Desgraciado! Si no sabes nada de la Religión, ¿qué piensas hacer cuando Dios te llame á su presencia?

—¿Qué quiere usted que jaga? ¡No diré!

(Excusado es añadir que no recibió la absolución).

UNA DUDA

Continúan las peregrinaciones á Lourdes.

Y yo pregunto:

La Virgen María ¿no es la misma en Lourdes que en todas partes, con esta ó aquella advocación?

Y si es la misma, ¿no puede igualmente hacer curaciones allí que en todas partes donde se la venera, en Lourdes como en Cacabelos?

Y no se me arguya que en Lourdes cura, por que hay piscina; pues citaré á otras Vírgenes que también hacen milagros á palo seco.

Con que vengan teólogos á sacarme de dudas.

La lujuria del clero

(Conclusión)

bía valido para ello. Además, perseguía el poder temporal. Pero Alejandro no obedecía al proceder de tal manera, más que á la satisfacción de sus pasiones dominantes, sed de oro, de dominación y de lujuria. Para conseguirlo, contaba con energía, con habilidad é inteligencia, y nadie como Alejandro reunió tales cualidades, formando un conjunto más armónico y equilibrado. Cuando subió al poder, los Estados que á la Iglesia pertenecían estaban desmembrados; ricos y poderosas familias italianas se habían apoderado de ellos, y su primera empresa fué reconquistarlos, valiéndose para esto de la astucia, de la fuerza ó del crimen. Nunca retrocedió ya fuera solo ó aliado con el extranjero. Son incalculables las riquezas que le produjo su pillaje; pero por muchas que fuesen no eran suficientes para lo que sus vicios demandaban.

De una prostituta llamada Vanczza tuvo cuatro hijos, entre ellos la célebre Lucrecia y el no menos célebre César; además, Juan Borgia, duque de Gandía. César Borgia fué nombrado por su padre arzobispo, después cardenal y le dió el título de duque de Valentinois. Alejandro y César tuvieron por concubina á Lucrecia hija del primero y hermana del segundo. Juan Borgia se presentó como rival, y se la disputó á su hermano César. Este cardenal, hijo de Papa, arzobispo católico y romano, asesinó á su hermano Juan. Si Alejandro VI no hubiese existido, podríamos decir que César Borgia fué el mayor canalla. Pero la primacía corresponde á su padre.

Y no se crea que este Papa desconfiaba los asuntos de la Iglesia. A él se debe el culto a la Virgen, a quien levantó altares y la hizo su ídolo favorito adorando en ella la Venus pagana. Quemó a Savonarola en una hoguera, después de haberle excomulgado; destruye los libros impíos y se convierte en el defensor más ardiente de la religión. Se hace apologista de la castidad y desde este punto de vista los católicos le colman de elogios y le tienen en grande estima, porque, si bien reconocen que ha tenido marchas en su vida, no las tiene también él solo. Es verdad que las faltas de Alejandro son muchas; pero la divina Providencia—dice un católico—no ha permitido que corrompiese las costumbres con una doctrina errónea; él ha regenerado la castidad en el clero y reformado las costumbres de los conventos. Otro autor católico dice que «es evidente que en las cuestiones de fe Dios ha secundado» a Alejandro en su celo por mantener la ortodoxia, llegando a la altura de sus predecesores más santos, y esto lo prueban sus actos, verdaderos monumentos, etc., etc. Y así se expresan estos hombres para quienes la ortodoxia lo es todo, y nada las virtudes.

El Papa sodomita, pederasta, incestuoso con su propia hija, el hombre más lujurioso que haya existido, es elogiado por los escritores católicos. Veamos dos de los episodios de la vida del apologista de la castidad.

«El último domingo del mes de Octubre, y a la hora del anochecer, el duque de Valentinois comía en su aposento del palacio apostólico con cincuenta de esas prostitutas de alto rango llamadas «cortesanas». Estas, al final de la comida, se entregaron al baile con los servidores y otros asistentes, vestidas en un principio y desnudas por completo después. Terminado el banquete, fueron puestos en el suelo los candelabros con bujías encendidas que estaban sobre la mesa; se echaron castañas por el piso, y las prostitutas, desnudas y en «cuatro pies», «super manibus et pedibus», las recogían pasando a lo largo de las luces y por delante del Papa, del duque y de su hermana Lucrecia, allí presentes. Por último, fueron ofrecidos premios, consistentes en pañuelos de seda, zapatos, birretes, etcétera, etc., a los que conocieran carnalmente mayor número de las prostitutas que allí había. Así se hizo, y en el patio del palacio y en público, fueron tratadas conforme se había dicho («carnaliter tractatae sunt».) El Papa y sus hijos Lucrecia y César distribuyeron los premios a los vencedores. ¡Vaya un torneo!»

«El 11 de Noviembre, quinto día de fiesta, entró por la puerta del Pastor un campesino que conducía dos pollinas cargadas con leña. Apenas había llegado a la plazuela de San Pedro, cuando corrieron hacia él los soldados del Papa, quienes, cortando las cuerdas y arrojando la leña y los aparejos a tierra, se llevaron las pollinas al patio interior del palacio. Una vez allí soltaron cuatro caballos sementales, sin freno ni bridas, que corrieron hacia las pollinas, y en medio de relinchos y de coqueas «ascenderunt equas et culerunt cum eis», con tal furor, que las destrozaron grandemente. De pie en una de las ventanas del salón que dan al patio, el Pa-

pa Alejandro y su hija Lucrecia contemplaban la escena muertos de risa y con alegría delirante.» (Burchard, maestro de ceremonias de Alejandro VI y testigo ocular de lo referido.)

Son dos cuadros magníficos que ponen de manifiesto las costumbres de aquel vicario de Cristo. Más aún: divorció a Lucrecia de su primer marido para casarla con Juan Sforza, señor de Pesaro; algún tiempo más tarde anuló este casamiento a pretexto de que Sforza «era impotente y de naturaleza fría».

Entre Alejandro VI y el cardenal César asesinaron a Alfonso de Aragón, otro marido de Lucrecia, «porque tenían celos de él». De Alfonso y de Lucrecia nació Rodrigo de Aragón, pocos meses antes que fuera asesinado su pretendido padre, y a este niño se le guardaron consideraciones, teniéndole cariño y profesándole afecto, porque era el resultado de familiaridades abominables de Alejandro con su hija Lucrecia. César Borgia, que no podía ver que el Papa, su padre, prefiriera a su hermano Juan, duque de Gandía, ni que su hermana Lucrecia lo hiciera dueño de sus gracias y de sus favores, animado de su ambición y de los celos, hizo asesinar a su hermano una noche que se paseaba a caballo por las calles de Roma, arrojando el cadáver al Tíber. Alejandro VI era el querido de su hijo César, como lo había sido de infinidad de cardenales. Así vivió Alejandro, el defensor de la castidad; así practicó durante su vida el culto que sentía por todo lo que hay de más asqueroso y repugnante; nada le fué desconocido. Este monstruo, verdadera encarnación del Papado, murió con muerte digna de su vida. Queriendo envenenar un día a su cardenal íntimo amigo suyo, cuyas riquezas ambicionaba, se equivocó y bebió el veneno. Así murió aquel criminal, sodomita, incestuoso, cuya fama nadie habrá de igualar, y cuya vida fué un tejido de violaciones, de incestos, de adulterios, de crímenes en todas sus formas. Así murió aquel infame, que llevó su degradación hasta dar dispensa a Pedro de Mendoza, cardenal de Valencia, por haber «abusado» del marqués de Zenetta, bastardo suyo. Alejandro VI Borgia, más que un hombre, es el fruto del genio y de la moral del catolicismo después de doce siglos de vida, a partir del Concilio de Nicea, en que fuera implantado. Después de Alejandro subieron al poder pontifical otros individuos lujuriosos que nunca le igualaron, y para no citar más que uno, recordaremos al «viejo verde» Inocencio X, que pasó los once años de su vicedivinidad terrestre en los brazos de las tres Olimpias; una, la princesa de Micalchini, esposa de un hermano de Inocencio, y la otra, la princesa de Rossano, de la noble casa de los Aldobrandini.

SIGLO XVI

Llegamos al siglo XVI, uno de los más extraordinarios por lo que toca al desenvolvimiento de la humanidad. Se verifican en él la Reforma de Lutero, el Concilio de Trento, el Renacimiento y la fundación de la orden de los jesuitas. Ocupémonos del Concilio de Trento, por su importancia en el estudio que nos ocupa. Por él se declara a la Iglesia reparada del camino del pro-

greso y enemiga explícita de la civilización. Desde la promulgación de este Concilio queda de hecho eliminada del concierto de la humanidad, y debe marchar rezagada, odiando todo lo que dignifica al hombre, y mostrándose cual nunca lo que siempre había sido: una aberración. El Concilio de Trento, fijando de una vez para siempre la doctrina de la Iglesia católica ha levantado una valla infranqueable entre ésta y la civilización humana. Cúlpese a ella misma si hoy más que nunca representa un fenómeno atávico en la vida social.

La aparición en el mundo de la orden de los jesuitas es otro borrón más en la historia de la humanidad. El jesuitismo, sinónimo hoy de inmoralidad, como lo fué siempre, es el cáncer que mina a la sociedad moderna; y, poderosa como ninguna orden, y valiéndose de la religión como un pretexto para la consecución de sus fines, nada la detiene en la práctica de sus criminales máximas, de sus miserables propósitos. Cat. quizás las concierdas para apoderarse así de cuanto puede valer algo; servirse de una moral «léstica» adaptable a todos los gustos y caprichos, esta es su norma. Sin patria, desprovistos de sentimientos de humanidad, sus afiliados son verdaderas máquinas que obedecen inconscientes al mandato de un jefe y no procuran más que el engrandecimiento de la orden, no con hechos que merezcan la aprobación de las gentes honradas, sino añadiendo crímenes y robos a los innumerables cometidos desde la fundación de la orden, y que obligaron a Clemente XIV, Papa, a suprimirla y a que fueran expulsados de todas las naciones.

El Concilio de Trento fué una consecuencia de la reforma de Lutero, como ésta lo había sido de los escándalos de la Iglesia; escándalos que partían del jefe supremo de ella, y que tenían que influir necesariamente en las costumbres de entonces. En vano los Concilios, como el de Cambray en 1565, decían que la castidad «debe ser el adorno más hermoso de los sacerdotes»; la lujuria más desenfrenada, más asquerosa, la corrupción más hedionda, es lo que domina, lo que impera en todas partes. El asesinato, el incesto, la sodomía, la pederastía, la violación, la prostitución y otros vicios, «acaso desconocidos en los infiernos», como dice el poeta, habían tomado carta de naturaleza en Roma y en el mundo entero, al tener vida propia y grande en la silla pontifical. Y, ¿cómo había de ser de otro modo, si, según la frase de Petrarca, «la hediondez de la vida de los Papas llegaba hasta el cielo»? Maquiavelo exclama: «Los crímenes y los ejemplos escandalosos de la corte de Roma han sido la causa de que Italia haya perdido los sentimientos de piedad y de religión. Nosotros los italianos tenemos esta deuda con la Iglesia, y al clero debemos también el ser impíos y criminales.»

La Reforma se imponía: era necesaria. El escándalo había llegado al máximo y de allí no se podía pasar. Por esto la Reforma vino y encontró eco.

Demostraremos algún día que las costumbres del clero en lo tocante a la lujuria no han cambiado desde la Reforma acá.